
3 1761 06639925 4



ENRIQUE DIEZ-CANEDO

IMÁGENES

(Versiones poéticas)



LIBRERÍA P. OLLENDORFF, PARIS



Enrique Díez-Canedo

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Imágenes

(Versiones poéticas)

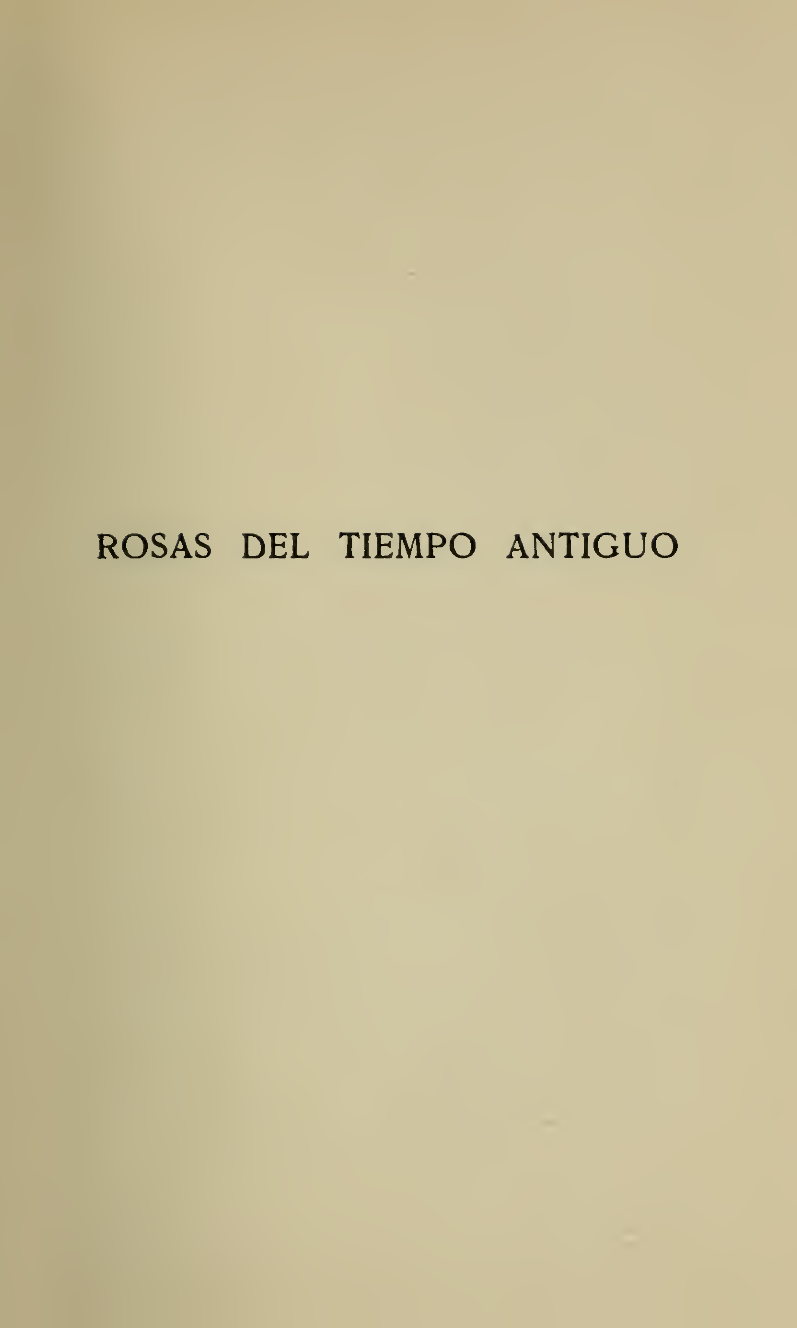
ROSAS DEL TIEMPO ANTIGUO. — MIES DE HOGAÑO



Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas
LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50
PARÍS

Larga hilera de casas á la orilla del río...
Tiene aquella un balcón desbordante de rosas,
y aquella escalinatas de mármol, suntuosas,
y aquella un desolado cariz, hosco y bravío.

Y en una casa hay fiesta y hay duelo en otra casa,
y una está edificándose, y otra más se arruina.
Y en el agua corriente que á la mar se encamina
tiembla un punto la imagen fugaz... y el río pasa.



ROSAS DEL TIEMPO ANTIGUO

IMÁGENES

CANCIÓN

(De Pedro delle Vigne,
1180-1249)

Amor, por quien aliento y en quien fío,
vuestro cariño en galardón me ha dado,
mas para mi ventura, dueño mío,
tiempo y sazón espero confiado.
De igual modo que diestro marinero
cuando llega el buen tiempo al mar se lanza
sin que jamás le engañe la esperanza,
yo llegar hasta vos, Señora, espero.

¡Oh, si como ladrón ocultamente
hasta donde os halláis llegar pudiera!
¡Cuán dichoso juzgárame y valiente
si el Amor tanto bien me concediera!
¡Cómo entonces, Señora, os hablaría
diciendo que os adoro fiel y tierno
más que Píramo á Tisbe, y que en lo eterno
será esclava de vos el alma mía!

Vuestro amor tal anhelo en mí mantiene
y esperanza me da de tan inmenso
bien, que no curo del dolor si viene
y en la hora de miraros sólo pienso.
Porque si tarda más, gentil Señora,
perecer me veréis con suerte dura:
mirad, pues, si me amáis, y á mi ventura
no más pongáis obstáculo y demora.

En vuestra espera vivo; á vos, ardiente,
mi corazón, dejando el pecho, vuela.
Como tardáis, agítase impaciente
y fino amor de vuestra parte anhela.
Pero sazón aguardo favorable
para que tienda velas y navegue
y al puerto fiel de vuestros brazos llegue
y encuentre allí reposo deleitable.

En tanto, cancioncilla, tus clamores
conduce á la que tiene prisionero
mi corazón, y al par de mis dolores
dile que por su amor de pena muero.
Torna después aquí, con su licencia,
trayéndome el consuelo apetecido,
y dile que si falta he cometido
me imponga á su albedrío penitencia.

SONETO

(De Cino da Pistoia,
1270-1336)

— Caviloso mortal que andas perdido
¿por qué tan desolado continente?
¿qué razones dan vueltas en tu mente,
y hacen gemir tu pecho condolido?

Dijérase que tú no has conocido
los goces que en la vida el alma siente,
mas que morir esperas duramente :
tal tu semblante muestras abatido.

Caerás en desaliento tan profundo
si no procuras un solaz, que el cielo
perderás como pierdes nuestro mundo.

¿Y en destino tan vil tu ser consiente?
Piedad demanda, que hallarás consuelo. —
Díceme así la compasiva gente.

SONETO

(De Pánfilo Sasso,
h. 1455-1527.)

No más veré la cabellera de oro
que mi sol derramaba en el oriente;
no más veré la luz resplandeciente
de la estrella que adorna el tercer coro.

No más oiré cantar á la que adoro
versos de amor, más suave y dulcemente
que el ruiseñor; no más tendré presente
su pecho marfilino, mi tesoro.

No más tocar podré su breve mano,
ni reposar sobre su blanco seno,
ni un ángel contemplar al lado mío.

¡Cuánto el placer del mundo es breve y vano!
¡Huye lo que deleita en vuelo impío
y encubre poca miel mucho veneno!

RONDELES

(De Carlos de Orleáns,
1391-1465)

Apartaos de mí luego,
Zozobra, Melancolía :
¿ pensáis esta vida mía
siempre gobernar por juego ?

No ha de ser : no me doblego
á tamaña tiranía.
Apartaos de mí luego,
Zozobra, Melancolía.

Si á perturbar mi sosiego
viene vuestra compañía,
que á vosotros y al que os guía
maldiga Dios, es mi ruego.
Apartaos de mí luego.

*
* *

La capa el tiempo ha dejado
de lluvias, vientos y fríos,
y ostenta los atavíos
de un sol radiante y dorado.

En su lenguaje acordado
las aves lanzan sus píos :
la capa el tiempo ha dejado
de lluvias, vientos y fríos.

Vestes de argento y brocado
fuentes, arroyos y ríos
lucen, corriendo bravíos ;
todo brilla engalanado :
la capa el tiempo ha dejado.

BALADA DE LAS DAMAS DEL TIEMPO QUE FUÉ

(De Francisco Villon,
1431-1463?)

Decidme ¿en qué país, en dónde
Flora está, la hermosa Romana,
qué lugar á Archipiada esconde,
cuál á Tais su prima hermana,
y Eco, la que al rumor responde
que junto al agua acaso dan,
la de belleza más que humana?
¡Nieves de antaño, en dónde están!

¿Y Eloísa, la sabia, presa
de amor por Abelardo un día?
(y en San Dionís luego él profesa
que á trance tal amor le guía)
¿Dónde aquella reina francesa
que arrojar hizo á Buridan
dentro de un saco al Sena, impía?
¡Nieves de antaño, en dónde están!

¿Y aquella, de voz de sirena,
Reina Blanca, de un lirio hermana,
Berta del pie grande, y Elena,
Beatriz y Haremburga y Juana,
la pastorcilla de Lorena,
que el inglés quemara en Ruán?
¿Donde están, Virgen soberana?
¡Nieves de antaño, en dónde están!

Envío

Príncipe, ved: ni una semana
ni un año respuesta os darán:
tendréis sólo esta frase vana:
¡Nieves de antaño, en dónde están!

Á CASANDRA

(De Pedro de Ronsard,
1524-1585)

Niña, ven á ver si la rosa
que abrió á la luz esplendorosa
del alba el purpúreo vestido
conserva, en la tarde que fina,
la vestidura purpurina
de tono al tuyo parecido.

Mira cómo en espacio breve
hizo caer el viento aleve
¡ay, cuitada! su lozanía.
¡Oh madrastra naturaleza,
que á flor de tan gentil belleza
dejas vivir un solo día!

Sigue, pues, niña, mi consejo:
mientras el florido cortejo
de tus años fragante dura,
tu fresca juventud cosecha;
que, así como esta flor, deshecha
dejará el tiempo tu hermosura.

SONETO

(De Edmundo Spenser,
1553-1598).

En la arena escribi su nombre un día,
pero el mar lo borró : la misma empresa
vuelve á tentar mi mano, y todavía
las olas hacen de mi afán su presa.

Y ella me dijo : Todo es vano : cesa.
Nunca eternizarás lo que perece ;
yo he de pasar también, como la impresa
huella del nombre mio desparece.

No, contesté : lo bajo y vil merece
ser polvo : tú tendrás alto renombre.
Mi verso en tu alabanza se engrandece

y en sumos cielos grabará tu nombre.
Y en la tierra, á la muerte sometida,
vivirá nuestro amor con nueva vida.

EL PASTOR APASIONADO

(De Cristóbal Marlowe,
1562-1593).

Ven á mi lado y sé mi compañera :
sus goces nos darán valle y ladera
campos extensos, fértiles cañadas,
bosques hondos y sierras enriscadas.

Sentados en las peñas, al ganado
pacer veremos, del zagal guardado,
cabe arroyos de límpidos raudales
que el ave canta en tiernos madrigales.

Y yo haré para ti lechos de rosas
y ramilletes mil, y de pomposas
flores á tu cabeza una guirnalda,
y haré de mirto el manto de tu espalda.

Y un pellico gentil formarte quiero
con la más fina lana de un cordero,
y listadas chinelas de oro puro
con sus hebillas, para el tiempo duro.

Cinto de paja y hiedra, broches finos
de coral y botones ambarinos :
si á mi amor tanto goce te moviera,
ven á mi lado y sé mi compañera.

En mesa de marfil platos de argento,
preciosos como aquellos que el sustento
dan á lós dioses mismos, cada día
tu refacción sirvieran y la mía.

Y en Mayo, para honrarte, canto y danza
diérante los zagales en holganza ;
si tanto goce tu querer moviera,
ven á mi lado y sé mi compañera.

RÉPLICA DE LA PASTORA

(De Sir Gualterio Raleigh (?),
1552-1618)

Si el amor fuese joven como el mundo
y el pastor en sus dichos verecundo,
tanto placer mi voluntad moviera
á ir á tu lado y ser tu compañera.

Mas del campo al redil arroja el frío
los rebaños, rugiente fluye el río,
y enmudece la voz de Filomela :
todo es cuidado que el dormir desvela.

Marchítanse las flores ; con adusta
faz su cuenta al invierno el campo ajusta :
lengua de miel, pecho de hiel : en todo
los ensueños perecen de igual modo.

Pellico, cinturón, lecho de rosas,
chinelas y guirnaldas y pomposas
flores, todo es dolor, miseria, olvido,
falso es lo sano, cierto lo podrido.

Cinto de paja y hiedra, broches finos
de coral y botones ambarinos,
ninguna de estas cosas me moviera
á ir á tu lado y ser tu compañera.

Si amor y juventud hiciesen alto,
ni el gozo hubiera fin, ni sobresalto
la edad, tanto deleite moviera
á ir á tu lado y ser tu compañera.

MADRIGAL

(De Juan Lyly,
1553?-1606)

Besos mi Campaspé jugaba un día
con Cupido á las cartas. Él perdía.
Flechas, arco y carcaj, las maternales
palomas, la pareja de pardales
perdió también; jugar entonces osa
el coral de sus labios y la rosa
de sus mejillas, y perdió igualmente.
La divina tersura de su frente

y el hoyuelo gentil de su mejilla
gana mi Campaspé, y él no se humilla :
sus dos ojos se atreve á jugar luego,
y ella gana y Cupido queda ciego.
¿Si al mismo Amor inflige tal castigo,
dime, oh Dios, ¡ay de mi! que hará conmigo?

MIES DE HOGAÑO

LA CONCIENCIA

(De Víctor Hugo)

Cuando, seguido de sus hijos fieles
que el cuerpo abrigan con hirsutas pieles,
lívido el rostro, sueltos los cabellos,
bajo la tempestad que le azotaba,
huyendo de Jehová, Caín marchaba,
de la tarde á los últimos destellos,
llegó sombrío al pie de abrupta sierra
que una extensa llanura limitaba.
Y su esposa y sus hijos, sin aliento,
dijeron á Caín : — Sobre la tierra
tendidos, reposemos hasta el día. —

Mas Caín, pensativo, no dormía,
y al levantar la faz al firmamento
que de fúnebre sombra se cubría,
en medio de él, la obscuridad rasgando,
un ojo vió, que le miraba fijo.
— Muy cerca estoy aún — trémulo dijo.
Y á los suyos al punto despertando
les fuerza á caminar sin más reposo.
Treinta días va huyendo presuroso;
treinta noches camina fugitivo;
se estremece al murmullo más furtivo;
sin tregua, sin descanso, tembloroso,
va demudado, pálido y esquivo,
y en su rápida fuga no desmaya
hasta que, al fin, del suelo venturoso
que fué después de Asur, pisa la playa.
— Hagamos alto aquí — dijo tranquilo; —
hemos hallado al fin seguro asilo;
estamos en el límite del mundo. —
Y al sentarse, del cielo en lo más alto,
severo el ojo vió; sintió que el miedo
surgía de su mente en lo profundo,
y — ¡ Escondedme! — gritó. Con sobresalto,
la turba de sus hijos, puesto el dedo
sobre el labio, á su padre contemplaba
que en el terror más hondo se agitaba.
Caín dijo á Jabel, de quien descienden
los que en la arena del desierto extienden
seguras tiendas de trenzado pelo :

— Cúbreme con tu tienda protectora. —
Y al momento, con plomos, sobre el suelo
la muralla flotante queda fija.
Entonces Tsila, dulce cual la aurora,
la blonda niña de sus hijos hija,
— ¿Ya no lo ves? — le dice con anhelo,
y él — ¡Lo veo!... — respóndele aturdido.
Jubal, padre de aquellos que al sonido
de marcial atambor y trompa fiera
cruzan por los poblados, decidido,
dijo: — Alzaré de bronce una barrera. —
Bien pronto quedó alzada, y tras su escudo
pusieron á Caín; mas él decía:
— ¡Sí... me mira... le veo todavía!... —
Y dijo Henoch: — Una ciudad terrible,
de muros rodeada, inaccesible,
fuerza es que aquí sin dilación se forme. —
Y, sin tardar, Tubalcaín, el rudo
padre de los herreros, una enorme
ciudad de torvo aspecto construía.
Y, mientras él trabaja, sus hermanos
á los hijos persiguen, en los llanos,
de Seth y Enós; persecución furiosa
para arrancar los ojos al que alcanzan;
y en medio de la noche silenciosa
dardos agudos á los astros lanzan.
Y el granito á los lienzos sustituye;
traban garfios de hierro cada piedra
de la inmensa ciudad que se construye,

que, cual recinto del infierno, arredra.
De las almenas la pesada sombra
la triste noche en la extendida alfombra
de los campos vertía ; el muro grueso
era como encumbrado monte espeso,
y de la puerta en el umbral grabaron :
— « No pase Dios de aquí. » — Cuando cerraron
el cinturón del muro, en una torre
de granito al abuelo colocaron.
Pero él seguía lúgubre y sombrío.
Temblando Tsila hasta su lado corre :
— ¿ Desapareció ya el ojo, abuelo mío? —
Y responde Caín : — ¡ No ! Su mirada
persiste eternamente en mí clavada... —
Y añade : — Viviré bajo la tierra,
como el muerto en la tumba abandonada
que para siempre su ceniza encierra :
nadie allí me verá, ni veré nada. —
Mandó cavar la fosa deseada
y dijo : — Bien está. — Seguidamente,
solo bajó á la boveda sombría ;
y al sentarse en la huesa angosta y fría,
que cerrada quedó sobre su frente,
levantó la cabeza. El ojo estaba
en el sepulcro y á Caín miraba.

1899.

EL ARTE

(De Teófilo Gautier)

Sí, labor de más belleza
da la forma en que se exalte
la destreza :
mármol, onix, verso, esmalte.

Falsas violencias rehusa ;
pero, si vas por derecho,
calza, Musa,
un coturno muy estrecho.

Desdeña el ritmo gastado,
que es como zapato enorme,
tan holgado
que á cualquier pie se conforme.

Escultor, la arcilla bota
que el pulgar fácil moldea
mientras flota
por otros mundos la idea.

Lucha con el fuerte Paros
y con el Carrara duro
que en sí, avaros,
guardan el relieve puro.

Que te preste Siracusa
su bronce, que al golpe vivo
firme acusa
rasgo dulce ó gesto altivo.

Tu mano, diestra y serena,
de Apolo, el dios juvenil,
en la vena
de ágata siga el perfil.

De la acuarela, pintor,
huye, y aprende á fijar
el color
en la hornilla de esmaltar.

Haz sirenas en las olas
y en cien grotescas torsiones
largas colas
de monstruos en los blasones,

y el triple nimbo en que impera
con su Jesús la Madona,
y una esfera
con una cruz por corona.

Todo pasa. — El arte augusto
sólo alcanza eternidad ;
frágil busto
sobrevive á gran ciudad.

Y la severa medalla
que en la tierra el labrador
tal vez halla,
revela un emperador.

Los dioses mismos perecen,
mas los versos inmortales
permanecen
más firmes que los metales.

¡ Esculpe, cincela, lima :
que tu vago ensueño ardiente
fiel se imprima
sobre el bloque resistente !

EPÍGRAFE PARA UN LIBRO CONDENADO

(De Carlos Baudelaire)

Lanza lejos de tí, lector bucólico,
sencillo y bonachón, que nada ansías,
este libro en que laten las orgías,
saturnino á la par y melancólico.

Si Satán, el astuto ser diabólico,
tu gusto no formó, me juzgarías
histérico tal vez, y no podrías
penetrar su sentido parabólico.

Pero si en el abismo tu mirada
bucea, sin sentirse arrebatada,
lee, no dudes, y serás mi amigo.

Alma curiosa de pesares llena
que tu edén vas buscando : de mi pena
ten lástima. ¡ Si no, yo te maldigo !

EL REBELDE

(De Carlos Baudelaire)

Hiende el cielo cual águila, y trabando
del cabello al impío, el Ángel fuerte
le sacude : — « ¡ Tendrás que someterte !
¡ Soy tu Ángel bueno — ¿ sabes ? — y lo mando !

« Tienes que amar, de mofa vil sin sombra,
al pobre, al necio, al malo, al contrahecho,
para que, al paso de Jesús, tu pecho
tienda de caridad brillante alfombra.

« Tu corazón no gastes : en ofrenda
dáselo á Dios : en él su fuego prenda,
¡ solo placer de encanto duradero ! » —

Y el Ángel, tan furioso como amante,
le castiga con puño de gigante.
Pero él responde sin cesar : — « ¡ No quiero ! » —

OFRENDA

(De Carlos Baudelaire)

Estos versos te doy. Si es que merece,
llevando ensueños á un cerebro humano,
llegar mi nombre al porvenir lejano
como nave que el noto favorece,

tu memoria, cual mito incierto, en sones
de tímpano al lector canse y hostigue
y á mis altivos cánticos se ligue
con místicos, fraternos eslabones,

ser maldito a quien sólo desde el hondo
báratro al sumo cielo yo respondo,
sombra fugaz que huellas indolente

al que de amarga, estúpido, te tache,
estatua viva de ojos de azabache,
ángel inmenso de acerada frente.

EL SONETO

(De Josephin Soulary)

Dijo la loca : — « No entraré » — riendo.
— « Va á estallar ese traje de Procusto ».
Y cadera procaz, seno robusto
y brazo lujurioso va extendiendo.

Me agradan lides tales ; me defiendo,
y en el vestido que á su cuerpo ajusto
ya recojo una arruga ó la desprendo
y al fin pasan cabeza y hombro y busto.

Después, los pliegues largos y sutiles
amoldo á sus turgencias y perfiles...
Ved... la tela, al flotar, lo Bello acusa.

¡Sencillo adorno que su encanto exalta!
¿Qué al espíritu, al cuerpo, sobra ó falta?
¡Quiero así la Mujer, así la Musa!

Á UNA SEÑORA RUBIA

(De Teodoro de Banville)

En la suave colina
cuando el vivo fulgor
del firmamento en flor
al ocaso declina,

su reflejo illumina
tu rostro soñador
con vago resplandor
de tristeza divina.

Tal, de vivos destellos,
entre celajes bellos
¡ oh Gabriel ! te coronas.

Con el mismo decoro
relumbran las madonas
en los retablos de oro.

CANCIÓN DE CAMPANAS BAUTISMALES

(De Juan Richepin)

Filisteos, comerciantes
que al besar á las amantes
mujeres,
mujeres,

pensáis en los pequeñuelos
que vuestros torpes desvelos
engendran,
engendran,

diciendo : Serán los niños
al crecer, gordos, lampiños,
notarios,
notarios :

¡ oh, qué castigo tenéis,
infelices, cuando véis
que os nacen,
que os nacen,

muchachos que os causan rudos
afanes, por melenudos,
poetas,
poetas !

Porque ha dispuesto el destino
que nazcan como en espino
las rosas,
las rosas.

EL ARMARIO

(De Juan Arturo Rimbaud)

Un armario esculpido, grande ; la encina obscura
tomó, de puro antigua, la traza de un buen viejo ;
y el armario derrama por su negra abertura
perfumes incitantes, como el buen vino añejo ;

Lleno está de vejeces ; hay allí, confundidos,
lienzos que amarillean olorosos, retales
de mujeres ó niños, encajes deslucidos
y, pintados de grifos, cintajos ancestrales ;

allí se encontrarían medallones, retratos
trenzas de pelo blancas ó rubias, secas flores
que con olor de frutas mezclan aromas gratos.

— ¡ Oh armario de otros días, cuántas historias sabes
que quisieras contar en tus sordos rumores
cuando tus puertas negras se abren pausadas, graves !

AVANT QUE TU NE T'EN AILLES...

(De Pablo Verlaine)

Antes de que al ocaso te deslices,
lucero matinal de puro brillo,
— Mil codornices
cantan en la campiña, entre el tomillo. —

vuelve, lucero, al misero poeta,
de ojos llenos de amor, de suave anhelo,
— La alondra inquieta,
con el día que nace, sube al cielo. —

vuelve de tu mirar el rayo fijo
que anega el puro azul de la mañana ;
— ¡ Qué regocijo
por todo el campo entre la mies lozana ! —

Lleva después el pensamiento mío,
llévalo allá, — ¡ lejos de aquí, muy lejos !
— Brilla el rocío
sobre el henal con gárrulos reflejos. —

Y alumbre el grato ensueño en que retiene
la paz del sueño á la mujer que adoro...
— Presto, que viene,
presto, que ya se acerca el sol de oro. —

LA VIE HUMBLE AUX TRAVAUX...

(De Pablo Verlaine)

Vida modesta en obras groseras y serviles,
es trabajo escogido, requiere mucho amor :
ver, alegres, que pasan los días, no el dolor ,
ser fuertes, y gastar la fuerza en cosas viles ;

en las grandes ciudades, oh Dios mío, entre miles
de ruidos, no escuchar ni oir sino el clamor
de la esquila en la torre ; y llevar el rumor
propio al vil cumplimiento de tareas pueriles ;

dormir entre viciosos y ser un eremita;
tan sólo del silencio gustar, y en la infinita
paciencia lo infinito guardar del tiempo, avaros,

los escrúpulos de sencillez virginal,
y estas pobres virtudes, entre tantos reparos!
— ¡ Malhaya, el Ángel dice, todo orgullo venal!

ORACIÓN

(De Pablo Verlaine)

¡Dios mío, vuestro amor me ha lacerado
y está vibrante aún la roja llaga,
Dios mío, vuestro amor me ha lacerado!

¡Dios mío, de temor estoy transido
y aún truena la candente quemadura,
Dios mío, de temor estoy transido!

¡Dios mío, veo la ruindad de todo,
y en mi se ha entronizado vuestra gloria,
Dios mío, veo la ruindad de todo!

Mi espíritu anegad envuestro Vino,
juntad mi vida al Pan de vuestra mesa,
mi espíritu anegad en vuestro Vino.

Tomad mi sangre, nunca derramada,
tomad mi carne, de sufrir indigna,
tomad mi sangre, nunca derramada.

Tomad mi frente, de rubor exenta,
para escabel de vuestros pies divinos,
tomad mi frente, de rubor exenta.

Tomad mis manos, las que holgaron siempre,
para el rojo tizón y el raro incienso,
tomad mis manos, las que holgaron siempre.

Tomad mi corazón vano en latidos :
púncenle las espinas del Calvario ;
tomad mi corazón, vano en latidos.

Tomad mis pies, los frívolos viajeros ;
que corran al clamor de vuestra gracia ;
tomad mis pies, los frívolos viajeros.

Tomad mi voz, rumor mendaz y tosco,
para la Penitencia y sus repulsas;
tomad mi voz, rumor mendaz y tosco.

Tomad mis ojos, del error lumbreras:
de la oración el llanto los apague;
tomad mis ojos, del error lumbreras.

¡Ay, Dios de las ofrendas y el perdón,
qué pozo vil de ingratitud el mío,
ay, Dios de las ofrendas y el perdón!

¡Dios de terror y Dios de santidad,
ay, qué negro el abismo de mi crimen,
Dios de terror y Dios de santidad!

Dios de paz, de alegría y de ventura,
todos, todos mis miedos é ignorancias,
Dios de paz, de alegría y de ventura,

bien lo sabéis, bien lo sabéis, Dios mío,
de los mortales el más pobre soy,
bien lo sabéis, bien lo sabéis, Dios mío,

mas todo lo que tengo, aquí os lo doy.

ESTANCIAS

(De Juan Moréas)

No digáis : Un alegre festin es nuestra vida, —
si no hay en vuestro espíritu necedad ni bajeza.
Ni digáis, mucho menos : Es dolor sin medida, —
mostrando un alma dócil á cansancio y flaqueza.

Reid como las tiernas ramas primaverales,
como el cierzo llorad, ó como el mar costeño ;
probad todos los goces, sufrid todos los males
y decid luego : Es mucho, y es la sombra de un sueño.

*
* *

Vivo en sepulcros : sólo con muertos tengo trato.
Hasta el fin he de ser de mí mismo enemigo.
Mi grano es para el cuervo, mi gloria del ingrato ;
siembro, y labro, y jamás llego á coger el trigo.

Nunca me quejaré. Del Aquilón la ira
¿qué me importa? ¿qué cuentan oprobio y amargura,
si en mis manos, oh lira de Apolo, sacra lira,
resuenas cada vez más acordada y pura?

*
* *

Nubes, que de luz bella rodeadas pasáis
encima de estos campos de trigo joven llenos,
que en la monotonía del cielo semejáis
veleras naves, blancas en los mares serenos,

que pronto iréis muy bajas con el hosco y rehacio
rostro de una tormenta que tanta paz destroce,
mi corazón os sigue, corceles del espacio :
se parece á vosotras, y nadie lo conoce.

*
* *

Desgarrando estos días lluviosos y sombríos,
de pronto, á los castaños que pierden sus coronas,
á las aguas, al parque tardo, à los ojos míos,
pálido sol de otoño, tu dulzura abandonas.

Sol ¿qué nos quieres? Deja que se caigan las flores,
que la hoja podrida vaya en el viento, inerte;
que se oscurezca el agua; déjame los dolores
que el pensamiento nutren y el alma me hacen fuerte.

*
* *

Rosas que amé, sus pétalos pierden á cada hora;
por nuevos brotes rubios la estación no trabaja;
mucho tiempo ha reinado la brisa: reine ahora
el aquilón cruel que los arroyos cuaja.

¿Por qué la voz levantas? ¿No sabes que es en vano,
no sabes que es locura sin igual, Alegría,
que sin motivo quieras excitar en mi mano
las cuerdas consagradas á la Melancolía?

*
* *

Cuando al volver otoño cubran las hojas muertas
el estanque sombrío del molino arruinado,
y el viento llene el vano bostezo de las puertas,
y el hueco inútil donde las muelas han girado,

desde uno de estos poyos que descanso me ofrecen,
cabe el muro de hiedra bermeja entretejido
veré cómo en el agua glacial se desvanecen
la imagen de mi cuerpo y el sol descolorido.

EL REPOSO

(De Enrique de Régnier)

Largo tiempo animaron mis caramillos justos
un paisaje lozano de arroyuelos y arbustos,
y mi hálito, regido por dedos desiguales,
largo tiempo imitó frondas y manantiales
y al viento que à las auras da secretos avisos;
pero el boj es amargo, y, oh dolor, los citisos
amargos, y la hora sin desvelos, y el día,
y aquello que tuvimos por amor y alegría,
la tarde melancólica, la aurora virginal,
maduran frutos de oro que dan ceniza igual;

y tienen, ay, los rostros la misma palidez
si en las frentes, llorosos, se aparecen tal vez,
que si ante los espejos ríen á sus destinos;
y sangra el pie que nunca recorrió los caminos,
la lámpara de arcilla te cansa, si la empuñas,
tanto como el furor con que clavas las uñas
en un asta, y la mano siente el mismo escozor
si ha blandido una antorcha, que si tuvo una flor.
Un ocaso, al morir, es ciudad incendiada;
no hay alma en que no pese la noche; de una espada
contrapeso es la flauta de boj, angosta y seca;
viva persiste aún la diosa en la muñeca,
y es un ensueño mismo y es una misma cosa
el coger una palma que el coger una rosa.

HIMNO Á LOS ÁRBOLES

(De Adolfo Retté)

Loemos á los árboles por su varia hermosura,
por su dulce rumor en vergel y espesura :
ramas eolias en que suspira la paloma,
ramas, entre las cuales de una techumbre asoma
de las tejas obscuras la vejez.
Cantémoslos á todos á la vez.

Hay manzanos que dejan
caer sus ramas como fuegos artificiales.
Hay álamos inquietos, que, en su tremblor, se quejan
al soplo más ligero de las brisas triviales.

Entre las rocas, el severo pino
grave rumor derrama ; el sauce fino
moja en las aguas, desde la ribera,
su larga y ondulante cabellera.

Las acacias tranquilas balancean
al sol, en el jardín, su racimo aromado ;
los benévolos olmos que el camino bordean
tienden brazos vestidos de un césped afelpado.

Tienen vestes de plata los álamos : la aurora
deja en ellos la huella de su faz reidora;
los tilos cuchichean misteriosos;
al sicomoro envuelven vislumbres misteriosos.

Las hayas entrelázanse trémulas : una viva
llama parecen dar los fresnos al ocaso ;
cuando la noche llega se abre un ensueño paso
de las encinas entre la fronda pensativa.

Amemos á los árboles que nos aman; unamos
nuestra voz á la suya fraternal
y estrofas de un poema con ellos repitamos
en que vibre la vida universal.

Arrástrenos del bosque la profunda canción;
acójanos toda esencia fecunda;
y á compás de las savias palpite el corazón,
y en el mar de las hojas el alma se confunda.

LA INFANTA

(De Alberto Samain)

Mi alma es una infanta, de corte ataviada ;
su exilio se refleja, sempiterno y real,
en las lunas desiertas de un vetusto Escorial
como añosa galera que se olvidó en la rada.

Al pie de su sitial, nobles, largos, atentos,
dos lebreles de Escocia con ojos melancólicos,
á un signo cazarán animales simbólicos
del bosque de los Sueños y los Encantamientos.

Su paje favorito, por nombre Antaño, allí
va leyéndole versos de magia en voz discreta,
y con un tulipán ella en las manos, quieta,
siente el misterio rítmico morir dentro de sí.

En torno el parque tiende frondas, mármoles regios,
estanques verdinosos, rampas de balaustres,
y ella se embriaga, seria, de los sueños ilustres
que nos hurtan los lueñes horizontes egregios.

Y allí está, resignada, sin sorpresas, sumisa,
consciente de que todo, si se lucha, es fatal,
sintiéndose, con cierto leve desdén natal,
sensible à la piedad como el mar á la brisa.

Y allí está, resignada, sumisa, entre gemidos,
más triste al ver, en medio de su visión interna
cualquier Armada, náufraga de la mentira eterna,
tantos bellos augurios bajo la mar dormidos.

En las tardes purpúreas, graves, con su misterio,
retratos de Van Dyck de largos dedos puros
pálidos, enlutados, sobre los aureos muros,
con su prestancia fúnebre sueños le dan de imperio.

Y ante los espejismos de oro la fuga emprende
su duelo; en las visiones que ahuyentan á su hastío
de pronto — gloria ó sol — luce un rayo tardío
y entonces el rubí de su altivez se enciende.

Pero la fiebre aplaca con su sonrisa triste;
temerosa del férreo tumulto popular
oye el son de la vida — lejana — como el mar...
y el secreto en sus labios, más profundo, persiste.

Nada estremece el pálido lago de sus pupilas,
que velan el Espíritu de las Ciudades muertas,
y en salas donde giran sin un rumor las puertas
vaga, y sueña palabras misteriosas, tranquilas.

El surtidor, allá, forma inútil cascada;
y ella, pálida, mira por la ventana; viejos
la copian — con el raro tulipán — los espejos,
como añosa galera que se olvidó en la rada.

Mi alma es una infanta de corte ataviada.

EL COMEDOR

(De Francis Jammes)

Hay un armario apenas lustroso. En otros días
oyó la voz de mis ancianas tías,
oyó la voz del padre de mi padre,
y la voz de mi padre.

Á sus memorias el armario es fiel.
Se engañaría el que creyera
que tan sólo callar sabe. Yo hablo con él.

Y también hay un cuco de madera
que ha perdido la voz no sé de qué manera.
Yo no se lo pregunto.
Acaso se rompiera
la voz de su resorte, pura y sencillamente
como la de un difunto.

Hay un antiguo aparador, oliente
á cera, á confituras,
á carne y á pan y á peras maduras.
Es como fiel sirviente
que sabe que robar al señor, está mal.

Han llegado hasta mi muchas visitas,
hombres, mujeres. Nadie cree en tales almitas.
Y al ver entrar á un visitante, me sonrío
cuando dice al no ver ser vivo en torno mío :
— Señor Jammes ¿qué tal? —

BALADA

(De Pablo Fort)

Entonces, no dudéis, yo vi un juglar, bello juglar listado de negro y amarillo, tal como las avispas; con sus manos á guisa de una copa sostenía en el cielo sus bolas de oro en curva tan altiva y flexible, como si suavemente retuvieran encadenado al sol.

Entonces, no dudéis, yo vi un juglar, bello juglar listado de negro y amarillo, tal como las avispas, que tirando del

cielo con dos cuerdas de oro, hizo caer el sol... de áspero cuerno al resonar feroz.

¡Temblé de sobresalto! — ya el juglar saludaba. Entre antorchas la luna deslizaba su vieja faz. Madam' Aldina presentaba su yegua Sin-Rival... Un payaso, colgábase de la pechera el sol.

BALADA

(De Pablo Fort)

¿Yo no canté?

— « Allá en el bosque, carpinteros, las arcas de Noé labrad, haced el puente de madera blanca, de madera amarilla la gran barca, los animales de madera negra, y de madera verde todo el mar. »

¿Yo no canté?

— « Para los nenes, en el bosque, labrad las arcas de Noé, haced un agujero chico para los animales grandes, haced un

agujero chico para todos los animales, meted à los elefantitos, y á los enormes conejazos, y á la paloma, y á Noé. »

¿Yo no canté?

— « Allá en el bosque, carpinteros, labrad las arcas de Noé, haced un agujero chico para todos los animales, meted con ellos á Noé. »

¿Yo no canté?

EL CORAZÓN SENCILLO

(De Mauricio Magre)

Sería en el umbral de los claros cortijos,
en el patio, dispersos en la tierra los granos;
no lejos, estarían el pozo y las praderas,
tocarían á vísperas, allá en el campanario...

Y seríamos niños, y sería domingo;
cantarían los pájaros en frescos palomares;
de las manos cogidos, bailaríamos todos
rondas, luciendo blusas de tela y blancos trajes.

Del cielo azul caería la fiesta de bondad;
de aquel día de Dios dulce como una aurora
fuera el morir. Los niños fueran enamorados,
y de los blancos trajes las blusas fueran novias.

La abuela, con su voz de tristeza mortal,
diría una canción tan vieja como el mundo;
y á la más pequeñita de las nenas pondríamos
en el centro del corro, goce y asombro suyo.

Lindas monedas de oro llenaran los pajares;
por cima de los predios, en las laderas altas,
voltearían como soles nuestros molinos...
— Y aquel sería nuestro gozo de la semana...

BARCA DE ORO

(De Carlos Van Lerberghe)

En una barca del oriente
volvían tres doncellas ;
tres doncellas del oriente
las tres en una barca de oro.

De negra piel una de ellas
el gobernalle regía
y en la rosada esencia de sus labios
extraños cuentos nos traía
de allá, con su silencio.

Otra, de piel morena,
que la vela del barco recogía,
de alados pies, una serena
paz de angélicos rasgos nos traía
con su inmovilidad.

Mas la tercera, rubia, dormitaba
sobre la proa blandamente ;
su cabello en el mar se derramaba
como el fuego del sol naciente
y en sus párdados juntos conducía
la luz.

LA LLUVIA, MI HERMANA...

(De Carlos Van Lerberghe)

La Lluvia, mi hermana,
bella y tímida lluvia estival,
va volando á través del aire húmedo,
suavemente volando, huyendo va.

Se han desgranado en el azul del cielo
las blancas perlas de su collar.
¡ Bailad, urracas,
mirlos, cantad!
Entre las ramas que su peso sienten,
bailad, oh flores, oh nidos, cantad!
bendito está cuanto del cielo viene.

Me acerca á la boca
sus húmedos labios de fresa silvestre ;
risueña me toca,
me toca en todas partes á la vez
con sus innumerables dedos tenues.

Sobre alfombras de flores sonoras,
desde la aurora hasta el anochecer,
desde el anochecer hasta la aurora,
llueve y sigue lloviendo
cuanto puede llover.

Luego viene el sol, y enjuga,
con sus cabellos de oro,
los pies de la Lluvia.

EL PENITENTE

(De Iwan Gilkin)

Yo soy el penitente de las torpes ciudades.
En tabucos que infectan del alcohol los aromas,
en los barrios lascivos de las nuevas Sodomas,
donde crimen y estupro celan sus liviandades,

por la noche los ojos clavo, con triste anhelo;
me espanto al auscultar nuestras monstruosidades,
siento el peso de todas las humanas maldades
y mis gritos imploran la cólera del cielo.

De bíblico profeta son mis clamores ; ando
por las públicas plazas, adusto, confesando
pecados vergonzosos que nunca he cometido,

para que un santo coro de fariseos clame :
— ¡ Seáis bendito, Dios, por no haber permitido
que vuestro siervo fuese como el poeta infame !

DEGOLLACIÓN

(De Alberto Giraud)

La Luna, como alfange blanco
sobre un cojín de raso negro,
se encorva en la gloria nocturna
de un triste y fantástico cielo.

Y un largo Pierrot deambula
mirando con muecas y gestos
la Luna, como alfange blanco
sobre un cojín de raso negro.

Y, arrodillado, se figura
que en el obscuro espacio inmenso,
— muerte que lava toda culpa —
silbando cae sobre su cuello,
como alfange blanco, la Luna.

NATURALEZA

(De Fernando Séverin)

« ¡ Con qué facilidad vuelve á entrar el alma en su patria primitiva, en la asamblea silenciosa de las grandes formas, en el pueblo apacible de los seres que no piensan ! »

H. Taine.

Lenta, la tarde avanza : momento hermoso, grave.
Triste y dulce, dos notas da el cuco al aire suave ;
dos notas : primavera les da su languidez,
y los pinos, rozados por la brisa, tal vez
tiemblan con un rumor de mar lejano, hirviente.
Lo demás, todo calla.
Yo camino, doliente.
Van cayendo en mi senda sombras crepusculares
mientras, despacio, sigo sus vueltas familiares.

Pronto su soledad, su calma, tal virtud
tienen, que siento cómo se funde mi inquietud
en la profunda paz del lugar apartado.
En oriente la noche con un velo azulado
cubre las sinuosas, las esbeltas colinas
que sus contornos alzan allá, en hilera, finas ;
y la capa de bosques de su cumbre distante
casi se transparenta bajo el cendal flotante.
Todo aparece vago. La ideal y divina
forma de todo, menos se ve que se adivina,
y los ojos se aplacen en tanta suavidad
de cosas, que vivimos en mágica hermandad
con los seres, felices entre todos, sin alma,
felices porque tienen el olvido y la calma
que anhela nuestro espíritu, todo desolación :
y á las cosas del mundo diviniza ese don.
Más que nunca en la quieta noche primaveral
que hechiza el horizonte, la selva, el matorral,
el alma obscura del paraje me anonada,
y en una turbación inefable y sagrada
siento de embriagadores deseos el latir
potente : ¡ No pensar ! ¡ No querer !... ¡ No existir !...

EL SOLDADITO DE PLOMO

(De Tristán Klingsor)

Mi padre, asador; mi madre, cuchara;
yo soy soldadito de liviana tropa;
mi padre, asador; mi madre, cuchara
de sopa.

Tengo una peana de raiz de brezo;
redonda, no tiene de talón asomo;
tengo una peana de raiz de brezo
y un cuerpo de plomo.

Tengo la barriga pintada de azul,
y, de hinchada, temo que estalle y me muera;
tengo la barriga pintada de azul
y de rojo la parte trasera.

No me muevo ni poco ni mucho,
y en mi aparador hago centinela;
no me muevo ni poco ni mucho
viendo á Doña Rata por dónde se cuela.

Y si, andando el tiempo, llego á capitán,
tres galones de oro mis mangas tendrán;
y si, andando el tiempo, llego á capitán,
me uniré con una muñeca de palo.

Le pondrán sus damas, linda y blanca toda,
su traje de cola del novio regalo,
y alegres tonadas de clarín oiréis
como cuando celebran su boda
la reina y el rey.

Á LA ALEGRÍA

(De Oliverio C. de La Fayette)

Tal vez cuando la linea plateada y sangrienta
del alba perezosa tras de la noche lenta
brille sobre los finos bosques de terciopelo,
purpúrea, en el vislumbre malva del tenue cielo,
que de suave fulgor sonrosa mi colina,
surgirás ante mi deslumbrada y divina,
viva y pálida aun, pero la faz acaso
tinta en rubor, moviendo sobre el rocío el paso
que, bajo rectos chopos, el suelo ha emblanquecido,
y avanzarás por mi sendero florecido,

tú, que en los ojos tienes la luz de la mañana,
á ofrecerme las rosas de tu frente lozana;
para mí soltarás á las brumas bermejas
tus cabellos, dorados más que mieles de abejas,
y á mi frente, mis labios, mis ojos, darás luego
el temblor tibio y dulce de tus bucles de fuego.

SERÁ LARGO EL CREPÚSCULO...

Condesa M. de Noailles)

Será largo el crepúsculo. Ya va creciendo el día.
Los rumores diurnos huyen y se dispersan ;
sorprendidos los árboles no ven llegar la noche,
siguen despiertos en la tarde blanca, y piensan.

Los castaños, al aire denso, cuajado en oro,
sus perfumes exhalan y parecen oirlos ;
y nos da miedo andar, mover el aire tierno,
para no despertar los aromas dormidos.

Vienen de la ciudad sordos ecoslejanos...
El polvo, levantado por un soplo del viento,
deja el árbol agónico, triste, que revestía,
y otra vez cae, pausado, sobre el camino quieto.

Vemos un día y otro, por costumbre, el camino
que impasibles cruzamos en tantas ocasiones,
pero no sé qué cosa cambia en nuestra existencia :
ya nunca más tendremos el alma de esta noche.

PENSAMIENTOS DE LA TARDE

(De Léo Larguier)

Sentado á la ventana, pensativo, en un noble
sillón de mis abuelos, viejo sillón de roble,
siento á la tempestad batir mi humilde casa;
suben espesas nubes al horizonte, en masa;
de alguna tienda obscura sale rápidamente
una vieja, y el rústico zapatero de enfrente,
con quien, de chico, hablé tantas veces, airado
sale á empujar la puerta que el viento le ha cerrado.
Está lloviendo... Estoy solo... Pienso en mi vida.
Pasarán años... treinta : y en una parecida

tarde lluviosa, en casa me veo, al cabo de ellos,
casi lo mismo, blancos del todo mis cabellos.
En casa quiero estar : veré, por la vidriera,
de las húmedas parras cómo cae volandera
una hoja que, lenta, va á posarse en el banco;
y vendrá un leñador por el camino blanco,
con su haz de leña á rastras, mojado, por la herbaza,
y la fuente veré, la solitaria plaza,
y tal vez, como ahora, oiré el rumor que mueven
algunos aldeanos que en la taberna beben
á la salud de la tabernera, calmosos,
tocadas las cabezas con sombreros terrosos.
Presiento de aquel día la solemne hermosura.
Veo mi frente gris, mi negra vestidura,
mis muebles, colocados como están, una espesa
rama junto á los vidrios, mis cuartillas, mi mesa,
y allá en el fondo oscuro surgiendo deslumbrantes,
mi orgullo y prez, mi santa labor de cada día,
con sus títulos de oro graves de poesía
los libros de mis versos, todos, en los estantes!

LA VIDA UNÁNIME

(De Julio Romains)

Yo soy un habitante de mi ciudad, soy uno
que asiste á los teatros, que por las calles va,
soy una voz oída; mi faz ha visto alguno
y en sus ojos tal vez su forma viva está.

Aquel tan venerado tiempo atrás, mi albedrío,
es del poder unánime liviana aspiración;
desprecio mi secreto sentir, mi corazón:
es más hermoso el sueño de la ciudad que el mío.

No tengo el infantil deseo de ser libre ;
de viejos clavos pende mi gastado ideal.
Mi ser desaparece. Que la vida total
de mi cuerpo me arroje y en mis músculos vibre.

Y mientras flaqueaban mis brazos al sentir
como pesado y grueso fardo la angustia mía,
con la conciencia que me resta todavía
conozco la ventura de casi no existír.

LLEGA UN ALMA DISTINTA...

(De Julio Romains)

¿Por qué se transfiguran así los bulevares?
El porte del que pasa poco tiene de físico;
ya no son movimientos los suyos, que son ritmos,
y yo no necesito los ojos para verlos.

Tiene el aire un sabor como mental.
Los hombres
son como ideas que cruzan por un espíritu.
De ellos á mi, no hay nada que deje de ser íntimo,
no hay nada extraño á mi de mi rostro á su rostro,
y el espacio nos liga pensando con nosotros.

LA CIUDAD QUE NO TIENE FLORESTAS Y NO TIENE CIGARRAS

(De Julio Romains)

La ciudad, si está triste, cuando siente que lloran
sobre su corazón más hombres que otros días,
cuando los vendedores ambulantes se hielan
en las puertas cocheras, y cuando se deslizan
las herraduras de los caballos en el suelo,
cuando en el cementerio los terrones pretenden
zapando, á breves golpes, derribar su alegría,
la ciudad pone alegre su faz, y entonces canta.
Dice, gritando, al sol : « Estoy contenta, mira ;
me canso, y he sudado toda esta niebla, pero
tiempo y fuerzas acopio para soltar la risa. »

Con su voz populosa luego empieza á decir
una canción hallada por uno de sus hombres
una noche que vió levantarse á la luna.
Una tonada ingenua, pobre de melodía,
sólo para infundir un gozo semejante
al hálito de Abril en la carne aterida.
Que tiene la ciudad un corazón pueril;
la ciudad tiene el mismo candor que una chiquilla.

Unas notas en traje sencillo, que se ponen
á danzar, saltarinas, cuantas veces se quiera,
una canción ligera, sin ornato, en cabellos,
y ved á la ciudad jugando á las muñecas.

Una semana entera se ocupa en arreglar
dentro del corazón la canción que le gusta.
Y es torpe la ciudad y confunde las coplas
y rompe las medidas y los tonos trabuca.

Pero vuelve á empezar, y cuando en la memoria
la tiene bien segura, bien presa, sin engaño,
la ciudad canta entonces su canción todo el año.

MAGALÍ

(De Federico Mistral)

Magalí, mi muy amada,
violín y tambor, al viento
dan una dulce alborada :
sal y escúchala un momento.

Estrellado el firmamento
se ve ; la brisa está echada ;
las estrellas, Magalí,
pierden luz al verte á tí.

— Menos que el aura en las frondas
me conmueve tu cantar :
del mar en las cuevas hondas
anguila me he de tornar.

— Si te haces, Magalí,
pez de la mar,
yo pescador seré :
te pescaré.

— Si tú pescador te hicieras,
al arrojar el anzuelo,
trocada en ave me vieras
al campo tender el vuelo.

— Si te haces, Magalí,
ave del cielo,
yo cazador seré :
te cazaré.

Tus diestros lazos al ver
contra las aves armados,
hierba florida he de ser
en los predios dilatados.

— Si te haces, Magalí,
        flor de los prados,
suave lluvia seré :
            te bañaré.

— Si eres lluvia, nube soy
de oro, nube de grana :
verás que de prisa voy
á la América lejana.

— Magalí, si te vas
     á tierra indiana,
viento de mar seré :
        te llevaré.

— Si eres el viento que mueve
la superficie del mar
en sol que funde la nieve
convertida me has de hallar.

— Si te haces, Magalí,
        rayo solar,
yo lagarto seré :
        te absorberé.

— Si eres lagarto que cría
la maleza, luna llena
seré que á los brujos guía
y á las ánimas en pena.

— Si te haces, Magalí,
luna serena,
bruma leve seré :
te envolveré.

— De la bruma en el cendal
no has de verme al fin cogida :
seré rosa virginal
por zarzales defendida.

Si te haces, Magalí,
rosa encendida,
mariposa seré :
te besaré.

— Vana será tu firmeza;
no estarás al lado mío :
me vestirá la corteza
de un roble en el bosque umbrío.

— Si te haces, Magalí,
roble sombrío,
verde yedra seré :
te abrazaré.

— Sólo un tronco abrazarás
que ni siente ni palpita...
Del convento de san Blas
yo seré blanca monjita.

— Si te haces, Magalí,
monja bendita,
yo confesor seré :
te escucharé.

— Si al convento vas, allí
verás, al pasar la puerta
monjas rezando, y á mí
con un sudario cubierta.

— Si tú eres, Magalí,
pálida muerta,
yo la tierra seré :
ya te tendré !

— Empezando á creer estoy
que es tu palabra formal.
Mi anillito de cristal
como recuerdo te doy.

— Magalí, qué feliz soy !...
Mira al cielo : por su mal,
las estrellas, Magalí,
pierden luz al verte á tí.

Á LA REINA DE ITALIA

XX Nov. MDCCCLXXVIII.

(De Josué Carducci)

¿Cuál es tu origen? ¿qué nobles épocas,
nos dan tan suave, tan bella dádiva?
¿En dónde te ví, Reina, un día,
entre cantos de sumos poetas?

¿Fué en arduas rocas, cuando tostábase
al sol del Lacio la blonda y áspera
Germania, y las armas lucían
entre lampos de amor, en el verso?

Siguiendo el ritmo triste y monótono
vírgenes rubias los ojos húmedos
entonces al cielo elevaban
impetrando favor para el fuerte.

¿Fué cuando en tiempos de Italia, rápidos,
de caballeros sólo formábanse
los pueblos, y un mayo era toda
y triunfaba el amor entre almenas,

y por las plazas ricas de mármoles
y sol y flores, Dante en sus cánticos
— « ¡ Oh nube que pasas — cantaba —
cual visión amorosa, sonríe ! » ?...

Como la estrella de Venus cándida
cuando abril nace, surge del vértice
del Alpe, y su plácido rayo
va á quebrarse en las mieses que dora,

y á la apartada cabaña mísera
leda sonríe y al valle ubérrimo,
palabras de amor, ruiseñores
despertando so el álamo umbroso ;

Así tú pasas, rubia y espléndida,
bajo la regia corona fúlgida,
y el pueblo te mira orgulloso
como á virgen que á nupcias camina.

Te mira uniendo risas y lágrimas
la doncellica; te mira, y trémula,
tendiendo los brazos, te nombra
como á hermana mayor : — « ¡ Margarita ! »

Y á ti volando la estrofa alcáica,
hija del fiero tumulto, indómita,
tres veces tu frente rodea
con el ala que el rayo conoce.

— ¡ Salve, — te canta — Princesa altísima
que coronaron las Grácias próvidas,
Princesa por quien tan suave
la piedad gentilmente razona !

Salve, piadosa, mientras aéreas
sombras de Sanzio pueblen los vésperos
de Italia, y suspire amorosa
la canción de Petrarca entre lauros!

EL PAPA LEÓN X

(De Antonio Fogazzaro)

Media la noche : cruza el Vaticano,
solo, el Papa León, linterna en mano.

Anda quedo, se para : ¿un repentino
rumor?... Silencio... Sigue su camino.

Levanta cortinajes de velludo,
sonda la obscuridad y avanza mudo.

Lejos, en una estancia tenebrosa,
se inclina y la linterna bajar osa.

Un lienzo allí; lo encubre paño austero ;
de Cránach es : efigie de Lutero.

Busca el Papa qué huella en él dejara
Satán. Le mira el fraile, cara á cara.

MORTE REGINA

(De Arturo Graf)

Yérguese al cielo, desde el mar sonante,
firme y descomunal, una montaña;
su negrura el fulgor sidéreo empaña;
de rotos muros fórmase gigante.

Y en el árida cima, el sol radiante
templo glorioso, victorioso, baña:
opalina su cúpula y extraña;
sus columnas enormes, de diamante.

Redondo el templo es, y al aire abierto;
trono elevado el centro señorea
de tenebrosa púrpura cubierto.

Y coronada, inmóvil en la silla,
la Reina Muerte su mirar pasea
sobre el mundo, que en torno se le humilla.

LAVANDERAS

(De Juan Pascoli)

En el campo negruzco y ceniciento
queda solo, sin bueyes, un arado,
abandonado, entre el vapor del viento.

Y el parloteo de las lavanderas
viene, cadente, del canal, mezclado
con golpes y cantigas plañideras :

« El viento sopla, nieva la hojarasca
y todavía á tu país no has vuelto.
¡ Si vieras cómo me dejó tu marcha !...
Como el arado solo en el barbecho... »

ATE

(De Juan Pascoli)

¡ Cómo salió de la ciudad sonora
De tortolillas albas fugitivo
Mecisteo de Gorgo, hacia los glaucos
cebadales del campo, hacia los olmos
próceres que mordian las cigarras
con su estridente sierra ! Tal huiste,
hijo de Gorgo, de la herbosa Messis
donde un tumulto, como fuego, ardía
bajo un blanco revuelo de palomas.
Presto los glaucos cebadales, presto

los resonantes olmos trasponía
y en prieto matorral, de urracas nido,
corriendo entraba pálido, anhelante;
y le alteraba el corazón la fuga,
y le secaba la garganta, y dentro
de los oídos un zumbar sentía.
Cuando ni oyó el tumulto, ni los gritos
de los perseguidores, se detuvo.
La sed las venas le abrasaba. Luego,
sumir ansiaba en puras aguas vivas
la mano impura de purpúrea sangre.

Una rana cantora, no muy lejos,
le guió : — Vivo en agua ; vivo en agua ;
agua fosca que abunda en amarillas
rosas palustres y ninfeas cándidas. —
Escuchando á la ronca cantarina
del manantial, la huella quejumbrosa
Mecisteo siguió, y hallóse al margen
de un verde estanque lleno de amarillas
rosas palustres y ninfeas cándidas.
Al sentirle llegar, calló la rana
y su golpe, al caer, rizó el estanque.
Él, sumergió primero en el estanque
las manos, la culpable y la inocente,
restregándolas ambas largo tiempo.
Limpias las dos, como redonda copa
las colocó bajo el raudal. No pudo
beber. Como la muerte negra el agua,

rojos como saetas desprendidas
de una llaga los juncos, y corruptas
las rosas, y de sangre las ninfeas.

Huyó del negro abismo Mecisteo
de anchas rosas de sangre salpicado,
lejos huyó. Cuando sus pies rendidos
moderaron la fuga, de repente
sintió, detrás un caminar discorde :
eran dos pasos : fuerte el uno ; el otro
súbita resonancia del primero.
Sintió que le saltaba la cabeza,
que se le hundía el corazón, pensando
que no era ya la desigual caída,
de gotas rojas en las aguas negras
ni la querella túrbida, lejana,
de aquella rana, sino en la certeza
de que Ate, vieja y cojitranca, Ate,
le seguía, sus huellas husmeando.
Aceleró su paso sin volverse
y sus oidos embriagó de viento.

Rápido y seco tras de si escuchaba
siempre el mismo pisar discorde, unido
á un penoso anhelar ; ni el pensamiento
le ocurrió de que fuesen los hachazos
de un leñador en resonante hondura,
unidos al rugir del ronco aliento :

Ate, la coja, era ; Ate, la vieja :
con respiro estridente le seguía
veloz, infatigable. Y él, del bosque
fuera, corría sobre agudas rocas ;
de una en otra saltaba, como el gamo,
y á cada salto el vivo impulso oía
y el esfuerzo de un salto semejante ;
luego, detrás, golpetear eternos
los pasos con el súbito eco breve.
Llegó junto al barranco alto, infinito,
tal que de la corriente que mugía
profunda, no llegaba el son al borde.
Volvióse entonces á luchar con Ate
Mecisteo de Gorgo, á puño firme ;
volviéndose, crujir hizo los brazos
tendidos, flagelando el aire : el diestro
pie retrajo imprudente... cayó al fondo.
Cayó, y al derrumbarse, vió que al borde,
tras de los cabrahigos, asomaba
Ate la vieja frente, y se reía.

QUOUSQUE EADEM?

(De Gabriel d'Annunzio)

¡Oh, cesad, que la música me hastía,
que me disgusta el sueño como una
bebida falta de vigor! Ninguna
magia lo que no tengo me daría.

¡Con cuánto afán el jovenzuelo un día
corre tras el amor, tras la fortuna!
Blanca ó morena, si es como la luna
mudable la mujer, nunca varía.

Otoño, invierno, primavera, estío,
lentas horas eternas ¡oh, qué horrible,
qué atroz cansancio al recordaros pruebo!

¡Ver siempre encima el mismo cielo, impío
ó piadoso, cansancio indefinible!
¡Oh, quién me diera algún sentido nuevo!

PLEGARIA Á LA MADRE INMORTAL

(De Gabriel d'Annunzio)

Natura, inmortal madre mía,
que abrevias también mi existir
y pones designios inmensos
en mi corazón, que naciste
de tu propio ser la primera,
común para todos, tú sola
que nunca te entregas : escucha.
Yo tan agobiado de ciencia
y de experiencia, de alegría
y de dolor, de amor y de

odio, si todo á tí me doy
soy otra vez ligero, ignaro,
leve me siento y verde, igual
que tallo de arbusto sin nudos.
Tendido en la yerba de espaldas
héme aquí : se apoya en mi brazo
la cabeza ; la faz en sombra
y en sol los pies. Así reposo.
Una sangre infantil me inunda.
Siento llegar un sueño fresco.
Tú amparas el sueño del fuerte.

Yo vi que á Zagreo, Titanes,
cubiertos de arcilla los rostros,
entrando en la cueva escondida,
degolláronle y luego crueles
le despedazaron ; yo vi
después redivivo à Zagreo
dormido en la linde del bosque.
Tan suave dormir, tan profundo
dormir nunca he visto, Nodriza.
Tejían sus barbas de oro
las alas de espléndido enjambre
pendiente de su boca, abierta
como agujero de colmena.
¡ Toda pena en miel se trocaba !
Así, siempre así, dormir quiero
en tí, que me das señoría
para dominar mi discordia,

¡ oh Persuasiva ! Heme aquí,
otra vez nuevo, prematuro,
y henchido de ocultas potencias,
en mi formación todavía.

Lo que por mi fué conseguido
tengo en verdad por cosa leve
puesto en paragón con la obra
que nace en mi ser y se nutre
de tu misterioso licor.
Madre mía, en todas mis venas
la sangre acrecienta y refina !
Y si en cruel suplicio viérame
cuando todo aumento de sangre
fuese más aumento de pena,
yo te gritara : « Madre, Madre,
multiplica esta sangre mía
doliente para que mi alma
hierva y más divina se torne ! »
Sano me formaste en el vientre
de la mujer incorruptible
que me llevó. Mírame sano
en la yerba, con finos músculos
corazón recio y amplia frente.
Hay más razón en este cuerpo
robusto que en cualquier doctrina.

Tú amparas el sueño del fuerte.
Y á tu favor yo me abandono.
Oigo el rumor de tus herbajes

lentos, y en tus ásperos pinos
de agujas y piñas los vagos
acordes, y el sonar de sistro
del oro inmenso de tus eras.
Mas oigo un zumbido lejano
que dice : « Aquí estoy, Ulisida. »
Madre, Madre, dame más fuerza
y alegría cuando la voz
del tirano, tan conocida,
tan oida, la voz viril
en mi corazón solitario
grite : « ¡ Sus ! ¡ despierta ! Ya es hora.
Surge. Asaz dormiste. ¿ Á la tierra
Te has consagrado en amistad ?
Oye el viento ¡ Sus ! ¡ Iza ! ¡ Larga !
Echa mano á timón y escota ;
que es necesario navegar
y vivir no es necesario. »

REGRESO AL ANOCHECER

(De Pedro Mastri)

¡ Dulce vuelta al hogar en la serena
tarde azul, cuando es hora de la cena
y del reposo !
Allá, en la sombra incierta,
tú acechas, casa, mi regreso amante,
con la ventana iluminada, abierta,
como un ojo que espera, vigilante.

Y dentro miro, plácida y desierta,
nuestra mesa blanquísima, brillante,
y el antiguo reloj, y la graciosa
faz que se vuelve á él y espera ansiosa...

La luz irradia sobre el blanco lino :
la mirada, nos sigue en el camino.

EL TIEMPO

(De Percy Bysshe Shelley)

Mar insondable que los años tienes
por olas! Mar del Tiempo, cuyas aguas
de profundo sufrir llevan lo amargo
de la sal de las lágrimas del hombre!
Mar sin riberas que marcar consigues
en tu flujo y reflujo los linderos
de lo mortal, y aullando, con hastío
de tus presas, los restos del naufragio
sobre la playa inhóspita vomitas!
Traidor en calma, y en tormenta horrible
¿quién por tus aguas puede navegar,
mar, insondable mar?

LA DONCELLA BIENAVENTURADA

(De Dante Gabriel Rossetti)

La Doncella bendita, de los cielos
por el dorado barandal se asoma;
más que las quietas aguas vespertinas
es la mirada de sus ojos honda;
tres azucenas en la mano tiene
siete claras estrellas por corona.

Suelto de broche á fimbria sin ornato
de recamadas flores, su vestido
blanca rosa, presente de María,
luce no más, de servidumbre signo;
los cabellos tendidos por la espalda,
como lozana mies son amarillos.

Ni un día entero transcurrió, pensaba,
desde que unióse á los divinos coros;
no estaba por entero disipada
la maravilla en sus serenos ojos;
pero aquel día suyo, por diez años
cuentan los que dejara en abandono.

(Por diez años de años, alguien dice.
... Pero aquí, de seguro, en este instante
se inclina sobre mi — su cabellera
sobre mi rostro desatada cae...
No : caer otoñal de muertas hojas.
El año todo, aprisa, se deshace).

Era en el baluarte que limita
la casa del Señor, donde ella estaba.
Dios mismo en el comienzo del Espacio
lo edificó sobre la hondura clara;
tan alto, que á sus pies, si abajo mira
casi el disco del sol á ver no alcanza.

Está en el cielo, como un puente, en medio
del ondular de la extensión etérea.
Las mareas del día y de la noche
surcan de resplandores y tinieblas
el vacío, llegando á donde gira
como aturdido moscardón la tierra.

De la Doncella en torno, confundidos
otra vez, los amantes, con clamores
de un amor inmortal, embelesados
se deleitaban en sus nuevos nombres ;
y hacia Dios, por su lado, los espíritus,
subían como flámulas veloces.

Y seguía inclinándose, encorvada,
fuera del suave círculo de encanto ;
hasta que el barandal en que su pecho
se apoyaba gentil, volvióse cálido,
y las tres azucenas parecían
dormidas en el pliegue de su brazo.

Latir veía, como el pulso, al Tiempo
á través de los mundos, desde aquella
parte del Cielo fija ; su mirada
por abrir en los limbos una senda
luchaba : luego habló, tal como cantan
en sus órbitas altas las estrellas.

Se había puesto el sol : pluma liviana
semejaba la luna, en un anillo,
flotante allá en el fondo ; y ella entonces
habló en el aire plácido, tranquilo.
Su voz era la voz de las estrellas
que á coro cantan en sus altos círculos.

¡Oh dulzura! ¿Y entonces, aquel canto
    de avecilla no quiso sus acentos
hacer llegar á mi? Cuando las viejas
    campanas adueñábanse del quieto
mediodía ¿sus pasos no llegaban
    á mí de la escalera entre los ecos?

Quisiera verle junto á mí, decía,
    y ha de venir, ha de venir sin duda.
¿No he rogado en el Cielo? — y en la tierra
    Señor, Señor, ¿él no ha rogado? ¿Y juntas
dos plegarias no son perfecta fuerza?
    ¿Y así, puedo tener flaqueza alguna?

« Cuando circunde su cabeza el nimbo,
    y esté ceñido con la veste blanca,
de la mano cogido he de llevarle
    al hondo manantial de la luz santa;
y entraremos en él como en un río
    bañándonos de Dios en la mirada.

« Estaremos los dos á un lado y otro
    del oculto, invisible tabernáculo
cuyas lámparas arden de continuo
    con alimento de oraciones; ambos
las nuestras miraremos acogidas,
    mezclarse como nubes del espacio.

« Los dos descansaremos á la sombra
de aquel vivo árbol místico que crece
por tan oculta gracia, que en su vida
de la Paloma el alentar se siente,
mientras en cada hoja que Sus plumas
tocan, Su Nombre santo oirse puede.

« Y yo misma, yo misma, en esta calma
quiero enseñarle las cantigas tiernas
que canto aquí; su voz, cuanto las cante,
se detendrá tal vez, rítmica y lenta,
y encontrará saber en cada pausa,
y una revelación de cosas nuevas. »

(¡ Ay de mí, que los dos, los dos, has dicho !
Y eras conmigo entonces una misma,
entonces, hace tiempo. Mas ¿ acaso
querrá Dios elevar á la infinita
unidad á aquella alma que á la tuya
sólo en su amor, no más, se parecía ?)

« Los dos, decía, buscaremos juntos
las enramadas donde está María
la Señora, con ella estan sus cinco
sirvientas : cinco suaves sinfonías
sus nombres son : Cecilia, Magdalena,
Gertrudis, Margarita, Rosalía.

« En círculo se sientan : los cabellos
trenzados llevan : cíñense la frente
con guirnaldas; en albas telas finas
hilos dorados como llamas tejen
para formar las túnicas de aquellos
que acaban de nacer, tras de la muerte.

« Él no hablará tal vez, de temor lleno :
yo mi mejilla apoyaré en la suya
y hablaré del amor que nos enlaza
sin que el temor me turbe ó me confunda :
mi orgullo aprobará la muy querida
Madre y hablar me dejará sin duda.

« Y ella nos llevará, mano con mano,
ante el Señor áquien se humillan todas
las almas, inclinando, innumerables
las cabezas ceñidas de aureolas;
los ángeles saldrán á nuestro encuentro
cantando con sus cítaras y tiorbas.

« Y por él y por mi rogarle quiero,
rogarle quiero á mi Señor, á Cristo,
que vivamos no más como en la tierra
con nuestro Amor — estar como estuvimos
entonces, nada más; pero ya juntos,
ya para siempre juntos, él conmigo. »

Miró, luego escuchó, y habló : dulzura
 más que tristeza su expresión tenía :
« Cuando él venga, será. » — Calló de nuevo.
 La luz en torno de ella estremecida
dejó un vuelo de ángeles, pausados.
 Rezaba con los ojos ; sonreía.

(Yo su sonrisa vi) Mas pronto en lueñes
 esferas fué perdiéndose su paso.
Y entonces, con los brazos extendidos
 en el celeste barandal dorado,
con la faz en las manos escondida,
 lloró la virgen. (Yo escuché su llanto).

PARA LA « VIRGEN DE LAS ROCAS » DE LEONARDO DA VINCI

(De Dante Gabriel Rossetti)

¿Es, Madre, la postrera obscuridad,
la sombra de la muerte? Y el externo
mar ¿es el inminente de lo eterno?
¿Y es la congoja de la humanidad

la que inclina tu faz, toda piedad,
en muda prez al Hijo, que en el día
de largas horas ya sin culpa, envía
la bendición al muerto, en su bondad?

Madre de gracia, tal como esas rocas
agudo el paso es ; las almas locas
son ecos que se mezclan, con pavura.

Tu nombre anuncia cada voz del alma,
oh Dios que habitas el sendero en calma
que alivia de las cosas la amargura.

CANCIÓN

(De Cristina G. Rosseti)

Si muero, canciones tristes
no cantes, amado mío,
ni sobre mi tumba plantes
rosas ó ciprés sombrío.
Cúbrame yerba, de lluvias
y rocío humedecida...
Y tú, si quieres, recuerda,
si quieres, olvida.

Yo no sentiré la lluvia,
ni la sombra he de gozar,
ni al ruiseñor, que parece
dolorido, oiré cantar.
En la penumbra sin alba
ni ocaso yo soñaré;
y allí, recordaré acaso,
quizá olvidaré.

CUESTA ARRIBA

(De Cristina G. Rossetti)

¿Es cuesta arriba toda la encumbrada
senda? — Toda, hasta el fin. Verdad te digo.
— ¿Y dura todo el día la jornada?
— Hasta la noche, desde el alba, amigo.

— ¿Y hay lugar de descanso en esa altura?
— Techo hallarás en cuando caiga el día.
— ¿No me lo esconderá la noche obscura?
— No, nadie se extravía.

— ¿Y otros viajeros hallaré á su amparo?
— Los que hayan ido antes que tú. — ¿Y abierta
me será la mansión sin más reparo
si llamo? — No estarás mucho á la puerta.

— ¿Y alivio encontraré, laso y maltrecho?
— Verás el fin de tu fatiga ruda.
— ¿Para mí, para todos habrá lecho?
— Para todo el que acuda.

EN CASA

(De Cristina G. Rossetti)

Después de muerta, volvió mi espíritu,
volvió á la casa familiar;
se regalaban los amigos
entre ramas llenas de azahar.
Iba de mano en mano el vino,
daban las frutas su dulzor,
todo era cantos, bromas, risas;
se tenían todos amor.

Oí sus pláticas tranquilas :
    Uno : « Mañana hemos de andar
millas y millas, por monótonas
    playas de arena, junto al mar. »
Otro : « El subir de la marea
    ya en la cima nos hallará. »
Otro : « Mañana será un día
    como el de hoy, mejor quizá. »

« Mañana » llenos de esperanza
    decían ; suyo era el placer.
« Mañana » todos repetían,
    y ninguno hablaba de ayer.
En el cenit su vida estaba ;
    yo había dejado de ser.
« Mañana y hoy » clamaban todos :
    yo era de ayer.

Temblé desconsolada, empero
    nada en la mesa se estremeció ;
triste de verme allí, remisa
    para dejar á quien me olvidó,
salí del aposento amado
    yo, que todo amor ya perdí,
como la memoria de un huesped
    que sólo un día estuvo allí.

DE « *SING-SONG* »

(De Cristina G. Rossetti)

De la alondra el cantar,
en el sol de los días estivales,
me hace pensar que el cielo está muy alto,
que en la tierra hay trigales.

Si canta el ruiseñor
á la luna de estío, en mi desvelo
yo no sé si la tierra es sólo tierra :
sé que el cielo es el cielo.

VÍSPERA DE CRÉCY

(De Guillermo Morris)

Oro en su frente y á sus plantas oro
y oro en los pliegues de su manto airoso
y oro en el cinto, de su talle adorno, —
Ah! qu'elle est belle la Marguerite![1]

Tiene la dama lindas camaristas
de frescos trajes; suelto, á las rodillas
le desciende el cabello á Margarita;
Ah! qu'elle est belle la Marguerite!

[1] En francés, en el original.

Si fuera rico, yo sus pies besara,
y cuanto el regio manto de oro abarca
y el cinto de oro, que en su talle es gala ;
Ah ! qu'elle est belle la Marguerite !

Mas ¡ ay ! nunca llegué á tocar su mano ;
cuando avanza la hueste por el campo
seis yelmos van de mi estandarte al lado ;
Ah ! qu'elle est belle la Marguerite !

Y hay muchos que entre dientes me hacen befa :
— Sir Lamberto de Bois, se hueste entera,
no tienen, pobres, ni yantar ni leña ;
Ah ! qu'elle est belle la Marguerite !

Si fuera rico, yo sus pies besara,
y el cinto de oro que en su talle es gala,
y cuando el regio manto de oro abarca ;
Ah ! qu'elle est belle la Marguerite !

¡ Oh, qué bueno el pensar, mientras la hueste
mezquina de mis siervos gruñe y bebe,
que allá en mi hogar, donde hoy las brasas mueren.
Ah ! qu'elle est belle la Marguerite !

Margarita, mi dama, se aposenta,
toda esplendor en oro y cabellera,
toda esplendor de gloria en su faz bella!
Ah! qu'elle est belle la Marguerite!

Buen ánimo esta noche cobrar quiero:
la batalla que ansío no está lejos;
nada puedo perder y á nada temo;
Ah! qu'elle est belle la Marguerite!

Ved mi potro, que puede, acompasadas,
trenzar altivas, belicosas danzas
ante el mismo Felipe rey de Francia;
Ah! qu'elle est belle la Marguerite!

Y acontecer pudiera, por Dios vivo,
que tres á tres mis torres nuevo brillo
lograran; mi salón frescos magníficos;
Ah! qu'elle est belle la Marguerite!

Y dirían las gentes: Cambia el tiempo;
Lamberto, de los bosques caballero,
tiene yantar copioso, alegre fuego;
Ah! qu'elle est belle la Marguerite!

Y los ojos, á más, encantadores,
de una dama gentil de sangre noble.
¡ San Ives por Lamberto de los Bosques !
Ah ! qu'elle est belle la Marguerite !

BALADA DEL PAÍS DE LOS SUEÑOS

(De Algernon Carlos Swinburne)

En un lecho de rosas escondí el corazón
en un lecho mullido, del sol ardiente oculto,
blanco y süave como las nieves no lo son;
entre rosas dejé mi corazón sepulto.
¿Por qué dormir no quiso? Si no agita
ni una hojuela el rosal ¿por qué se ha conmovido?
¿Quién á mover las alas, quién á volar le incita?
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

Ten calma, dije; para su vuelo el aire inerme;
quiebra el follaje al sol el dardo violento.
Ten calma: sobre el mar cálido el viento duerme;
más inquieto que tú, mucho más, es el viento.
¿Te escuece un pensamiento, como espina?
¿Te hiere algún anhelo punzante y preterido?
¿Quién tus párpados, juntos en un sueño, ilumina?
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

El nombre del país que tal encanto encierra
nunca escrito en sus cartas lo encontró el caminante;
los dulcísimos frutos que produce su tierra
tráfico no permiten jamás al mercadante.
Golondrinas de ensueño en él revuelan,
y es de ensueño en sus árboles cada nota ó sonido;
latidos de lebreles al corzo no desvelan:
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

En un mundo de ensueños, en un mundo extra-humano,
dormiré mi letargo; no vendrán á mi oído
verdades de amor fiel ni artes de amor liviano:
Sólo el cantar de un pájaro escondido.

Á CÁTULO

(De Algernon Carlos Swinburne)

Mi hermano, mi Valerio, más cara para mí
tu frente laureada que cuantas al romano
pueblo coronan : fuiste, de tu voz lo aprendí,
mi hermano.

Polvo de muerte ó tiempo querrá empañar en vano
nuestro amor, este íntimo parentesco cercano
de amores y de odios, que tengo yo de tí.

Temor ni afecto al César en tu estrofas ví,
y amaste la canción y amaste al oceano :
yo, mortal, á tí, muerto ¿ no he de llamarte, dí,
mi hermano ?

EN EL AGUA

(De A. C. Swinburne)

El mar se despierta, y el canto gozoso de su despertar va
ondulante
de la costa á la estrella cadente, de aqui á la salvaje amplitud
de otra tierra lejana.
Su sonido es trompeta que toca llamada. Si gélida surge la
aurora en oriente,
desde el mar, ¿no podremos pedirle que encienda como
antes la vida,
que su aliento vigor nos infunda, su pecho nos meza, la
gracia nos de con sus besos?

Semiabiertas las alas, el viento descansa, ni trabado ni libre, en el cielo ;
se inclina hacia el mar, excitando la risa en las olas ; y en tanto, nosotros, hallarnos
quisiéramos donde las olas, bajo el domo profundo del alba, su impulso de avance disponen,
y llenos de luz matinal, abrasados en júbilo, gloria y orgullo,
dejamos la orilla, como el corazón nos lo pide y ordena, sediento de espuma.

Una hora mejor, no la ofrece la vida : lo pasado es un cuento borroso ;
le futuro una sombra que el sol abigarra, viviente y dormida, con una ventura en el fondo.
Si en las aguas entramos, el éxtasis de los miembros que envuelven las aguas,
es menor que la paz del espíritu, por pesada que fuese la carga que olvida ;
nuestras almas, los cuerpos que rigen á su voluntad, á la vida se entregan
que les place — la vida sin cargas, ni frentes rendidas, ni genuflexiones —
la vida eternal de la tierra y el cielo, con leyes que aplacan y aúnan ;
á la musica inconmensurable de las cosas y al rudo fervor de las fuerzas latentes ó activas
que pasan, y vuelven, y tornan como tú en pos de mí, y tras ti, cuando juntos

dejamos la orilla, como el corazón nos lo pide y ordena,
sediento de espuma.

Quizá el corazón del mortal más mezquino pudiera aspirar
á gozarse escuchando
la palabra del mar, la palabra de la madre que al hijo formado en su seno le dice :
— La existencia que tienes ¿no es mía? y el hálito de tus
labios ¿tal vez no es mi espíritu?
¿No di mi vigor por tus débiles fuerzas, mi saber por tu
pobre ignorancia?
¿No llevé lenitivo ó remedio á tu augustia? ¿No añadí más
vigor á tu gozo? —
Y el filial corazón hablaría : — La luz del amor de mi vida
está en tí.
Es más bella que toda la tierra, y el sol no es más bello, y
el aire no tiene mayor alegría.
Me ha mostrado al cruzar las bahías de mi juventud su
esplendor ; me ha librado de escollos,
hasta el punto en que entrambos, aquí, sedientos del alba,
fiando en las olas,
dejamos la orilla, como el corazón nos lo pide y ordena,
sediento de espuma.

Amigo, la tierra es el puerto de refugio invernal; es asilo
que acoge
cuando el día se rinde al empuje de las huestes nocturnas,
más fuertes que él mismo :

aquí está la presencia que adoro y aquí mi deseo reposa en
su hogar de familia.
Obstáculos tiene la tierra; caminos que hollar nuestros pies,
nuestros potros : nosotros empero
dejamos la orilla, como el corazón nos lo pide y ordena,
sediento de espuma.

LUZBEL

(De Jorge Meredith)

El Príncipe Luzbel vuela en la noche clara.
Llega el Maligno, hastiado del reino tenebroso,
á donde los precitos abrázanse á un reposo
falso, y allí, entre nubes, sobre el mundo se para.

Á su anhelo mezquina presa se le depara.
Ya inclínase á occidente sobre un ala; espantoso
cierne ya sobre el Africa su cuerpo de coloso;
ya es negro sol que el hielo del Polo sombreara.

Buscando extensas zonas en que aquella aventura
contra el Temor renazca y avive su espantable
cicatriz, mira fijo, llegado á media altura

las estrellas, cerebro celeste, y se hunde al punto.
Por su antiguo sendero, fila tras fila, junto,
marcha el glorioso ejército de la ley inmutable.

Á R. T. H. B.

(De Guillermo Ernesto Henley)

Más allá de la noche que mi ser
envuelve, negro Abismo inmensurable,
pienso qué dioses puede haber
para mi alma inexpugnable.

Ni cedí ni clamé preso en la fuerte
garra con que el acaso nos domina :
bajo los golpes de la suerte
mi frente sangra, no se inclina.

Tras esta vil mansión de rabia y llanto
de la sombra el Horror se ve asomar;
me amaga el tiempo : sin espanto
lo espero y lo sabré esperar.

No importa, si es el pórtico pequeño,
si el fallo á dura expiación me envía :
de mi destino soy el dueño,
y el capitán del alma mía.

I. M.
MARGARITÆ SOROR
(1886)

(De Guillermo Ernesto Henley)

Trina en el aire quieto alondra tarda ;
desde poniente,
donde el sol, ya cumplida su tarea,
demórase gozoso,
se derrama en la vieja ciudad gris
un influjo sereno y luminoso,
calma radiante.

Suben los humos,
nieblas auri-rosadas. Los agujas
transfiguradas brillan. En el valle
crece la sombra. El ave canta. El sol
su bendición concluye;
sumérgese, y el aire obscurecido
tiembla al sentir el triunfo de la noche
— la noche con su séquito de estrellas
y su copiosa dádiva de sueño.

¡Tal mi tránsito sea!
Cumplida mi labor y mi jornada.
cobrado mi jornal, y con un trino
de alondras tardas en el pecho,
recójame la calma del poniente,
la esplendidez serena del ocaso,
la muerte.

REQUIESCAT

(De Oscar Wilde)

Pisad ligeros : bajo la nieve,
muy cerca, está dormida ;
y hablad quedito, porque oye cómo
crecen las margaritas.

Su cabellera de oro luciente
manchada está de moho ;
la que fué un día joven y hermosa
se ha convertido en polvo.

La niña blanca, nieve, azucena,
casi no tuvo tiempo
pa ra entirse mujer : tan suave-
mente creció su cuerpo.

Féretro angosto, losa maciza
sobre su pecho tiene.
Sufre mi triste corazón, solo,
mas Ella duerme... duerme.

¡ Paz y silencio !... Sonetos, liras,
no han de llegar á ella.
Toda mi vida sepulta dejo :
cubridla bien de tierra.

LOS PRÓDIGOS

(De Austin Dobson)

« Príncipes, — y vosotros, valerosos
nobles de toda suerte y calidad,
ved que os rogamos, escuchad benignos
á los pobres que vienen de ultramar.
Ni dinero pedimos, ni pensiones :
no azucéis á los canes, por piedad...
Por vuestra capa, cuyo extremo asimos,
dadnos, ay, dadnos nuestro ayer, no más.

« Damas, tan bondadosas, tan sensibles,
damiselas que alegres retozáis,
ved que os rogamos, escuchad benignas
á los pobres que vienen de ultramar.
No buscamos deleites ni favores :
tristes venimos, canos por la edad...
Por las rodillas vuestras que abrazamos,
dadnos, ay, dadnos nuestro ayer, no más.

« Damiselas y damas, condoléos »
(Y ellas, entre los árboles, en sus jacas se van)
« oidnos, caballeros generosos »
(Y ellos pican espuelas, y siguen, sin mirar)
Ni esperanzas ni bienes, nada logran ;
sólo golpes de pecho, y exclamar :
« Apuramos la vida hasta las heces :
dadnos, ay, dadnos nuestro ayer, no más. »

Envio.

Juventud, toma ejemplo en su quebranto :
por sendas polvorientas muchos van
que claman á las rocas y á los mares :
« Dadnos, ay, dadnos nuestro ayer, no más. »

RISPETTO TOSCANO

(De María F. Robinson)

Amor, amor, vuelve del mar, retorna;
bésame al verme muerta, te lo ruego.
Con una rosa mi ataud adorna
y los cirios en torno enciende luego.

Besa en los ojos á la que te quiso,
que, muerta, soñará en el Paraíso;
ven, y reza de hinojos por tu amada:
seré por siempre bienaventurada.

EPIGRAMAS

(De Guillermo Watson)

I

BYRON EL LIBERTINO

Ansioso de terrenos placeres, fué de aquellos
que ven huir la dicha por quererla coger.
Nada más que el aroma de sus rudos cabellos
les da en la faz, ansiosa de la faz del placer.

II

Es el sino del hombre que su afán y su anhelo
cosa alguna perfecta dejarán realizada.
Le afrenta de una flor la esencia inmaculada ;
se mofan de él, purísimas, las estrellas del cielo.

III

Alégranse las bestias del campo, y no han sabido
jamás por qué hace al pecho bullir la primavera.
Su gozo en ella el hombre comprende y considera,
lo pesan sus curiosos dedos — y ya se ha ido.

IV

Entre quíntuples lazos la prisión miserable
del sentido nos guarda ; pero alegres nos deja
sólo el murmullo de astros que el viento incalculable
de nuestra cárcel trae por la noche á la reja.

BELLEZA MALDITA

(De Ricardo Le Gallienne)

Soy tan hermosa, que mi paso enciende
ansia en los hombres de besar mi rostro,
y á mi tienden los brazos; las mujeres
me van siguiendo de un lugar en otro.

Poeta que á su amor mieles dedica
deja secar su letra — ¡ y cuánto tiempo!
La novia el día de su boda olvida;
también el novio, si me ve á lo lejos.

Si á las calles mis raros pies me llevan,
    suspende el mercader sus transacciones;
por mis cabellos de oro el oro deja
    por vil; su deuda no tortura al pobre.

Si, ocultos, dos amantes cambian besos,
    me acerco, y nunca se han de unir sus labios.
Me levanto entre el rey y sus deseos.
    Donde yo surjo, todo amor es vano.

¡Ved! Si los bosques cruzo, me contemplan
    ávidas criaturas misteriosas,
y suben á mi pecho, de las yerbas,
    descienden, de las ramas, á mi boca.

Soñolientas, deséanme las vacas
    y tienden hacia mi los belfos húmedos;
sapos, reptiles, bésanme las plantas;
    deja su concha el caracol obscuro.

Tantas adoraciones ¿qué me importan?
    Rechazo al buey y pisoteo al sapo.
Yo más no sé, sino que soy hermosa;
    que el mundo á darme aliento fué creado.

Sólo espero que Dios deje su trono
del astro aquel en que de siglos mora,
y adorando el prodigio de mis ojos
me siente en su lugar : — soy tan hermosa.

UN ÁNGEL DE PERUGINO

(De Arturo Symons)

¿No he visto yo tu faz antes de ahora
de Perugino en los querubes, santa
visión que en quietos círculos adora,
la mano en alto, el himno en la garganta,

de pálidos cabellos las tranquilas
frentes como de luz de luna ornadas,
como paz dando al mundo las pupilas
la pálida piedad de las miradas?

Feliz me paro á verte cuando sales
del portal de tu casa, y te detienes,
que mis ojos han visto celestiales
halos de Umbría en torno de tus sienes.

EN BURGOS

(De Arturo Symons)

Argentería en piedra milagrosa
lanzada al milagroso azul del cielo;
campanarios y torres toman vuelo
sobre arquerías que hacen más gloriosa
la maravilla etérea del cielo.

Suavemente á la luz del sol bravía
la vasta catedral abre sus alas.
¡Lírico campanil, qué canto exhalas!
Es la Ascensión. ¡El comenzar del día
contemplad á la sombra de estas alas!

EN LAS BUTACAS

(Prólogo á las *Noches de Londres*)

(De Arturo Symons)

Mí vida es un *music-hall;*
la butaca me encadena;
y oh rabia, mi propio rol
me hace bailar en la escena
divirtiendo al *music-hall.*

Mientras fumo un cigarrillo,
risueño y ocioso empleo,
gira la danza; y me humillo
porque al través yo me veo
del humo del cigarrillo.

Me veo girar, saltar
pintado, en gozo cruel,
cantando el necio cantar
de mi festivo papel :
soy yo, el que veo saltar !

Resplandece el *music-hall* ;
luz, sonido, enervamiento ;
de las horas el estol
tardo y clamoroso cuento ;
mi vida es un *music-hall*.

ORACIÓN Á SAN ANTONIO DE PADUA

(De Arturo Symons)

San Antonio de Padua, como en mi compañía
llevo siempre tu imagen, escucha la prez mía :
tú lo perdido encuentras : devuélveme, te pido,
su corazón ; que ayer, buen santo, lo he perdido.

LÁGRIMAS

(De Arturo Symons)

Manos que tuve entre las manos mías,
que mi llanto y mis besos acogisteis,
manos que en otros días
el bálsamo y el vino me vertisteis,

mujeres, siempre mías, que amé tanto,
yo os llamo desde el curso de mis días :
don de lágrimas mías
os ofrezco : por vino, os doy mi llanto.

MALVA, NEGRO Y ROSA

(De Arturo Symons)

Malva, negro y rosa
los velos del joyel, y ella, mi joyel, una rosa.

Tenue malva primero,
suave oleada en torno del cuerpo aquel que tanto quiero.

Luego un rubor de rosa,
vivo seto de rosas en torno á la mística rosa.

Después, negro esplendor,
después los pies que adoro y el camino que siguió mi amor.

Á MILTON CIEGO

(De Esteban Phillips)

El que súbito dijo : « La luz sea » —
te dió la obscuridad premeditada,
para que nunca tus agudos ojos
distrajera el brillar de cielo y campo,
visión que de lo cierto nos desvía.
Te dió la noche original. Su lienzo
terrible y amplio y blanco y libre, donde
de cada pensamiento, fulgurante
surgió, cantó la llama de una estrella.
¡ Oh ciego que una propia luz tuviste !

la virginal Tiniebla fué tu esposa
cuando el bello espectáculo florido
que te impedía ver, cuando el reciente
mundo se retiraron por entero.
Ardió entonces la gloria primitiva
para tus ojos, el fecundo espacio,
y el oloroso Eden en su pristino
vapor, que se elevara de la acuosa
llanura *que fué* el mundo, y la abrasada
tierra, y Cristo, viniendo entre las nubes.
Ó, más bien, por insólita licencia
del poder sumo, con vendados ojos
por el real de Dios resplandeciente
te llevaron los ángeles que rondan
en la noche, ó vigilan hasta el alba,
ó eternamente el aire pacifican,
de la mano cogido. Á la presencia
te admitieron, y oiste la profunda
razón, el gran designio que á la tierra
conduce de dolor á bienandanza.

CUANDO SEAS VIEJA

(De Guillermo B. Yeats)

Cuando al hogar, anciana, cana y triste,
te adormezcas, mi libro toma : cada
verso te haga soñar en la mirada
sombría, suave y honda que tuviste,

y en los que amaron undichoso instante,
con falso ó puro amor, tu faz divina :
sólo yo amé tu alma peregrina
y el sello del pesar en tu semblante.

Y á los rojos tizones, con tristeza
te inclinarás, pensando : Amor el vuelo
tendió, pasó las cumbres, y en el cielo
diadema de astros puso á su cabeza.

AEDH CLAMA POR LOS BORDADOS DEL CIELO

(De Guillermo B. Yeats)

Diérame el cielo sus bordadas telas
tejidas de oro y plata por la luz,
sus azules, sombrías, foscas telas
diéranme día, noche y media luz,
y sirvieran de alfombras á tus pies :
pobre soy, tengo sólo mis ensueños,
y alargo mis ensueños á tus pies :
anda paso, que huellas mis ensueños.

LAS VOCES ETERNAS

(De Guillermo B. Yeats)

Callad, oh dulces voces eternales;
á los que guardan el redil celeste
dispersadlos por sendas desiguales,
llama por llama, hasta que el Tiempo muera;
¿nadie os llegó á decir cuán viejo es éste
corazón nuestro, al que llamáis leales
desde ave y árbol, auras y ribera?
Callad, oh dulces voces eternales.

LOS BUSCADORES

(De Juan Masefield)

Ni amigo ni amor tenemos, ni hacienda ni hogar bendito;
sólo esperanza, ferviente esperanza; sólo el camino, el cami-
[no infinito.

No hay calma para nosotros, ni quietud, ni alegría, ni paz;
porque buscamos ciudades que no encontraremos jamás.

Para nosotros — y nuestros iguales — no tiene la tierra so-
[laz;
porque inquirimos la oculta belleza que nunca los ojos ve-
[rán.

Sólo el camino, y el alba, y el sol, y la lluvia, y el viento
[tenaz,
y bajo los astros, la hoguera, y el sueño, y otra vez el cami-
[no, y andar...

La ciudad de Dios buscamos y la guarida de la belleza in-
[mortal
y el ruidoso comercio encontramos y el son de la campana
[funeral.

Nunca la ciudad de oro de radiante humanidad
sino el pueblo doloroso de seres que van por las calles lle-
[vando su afán.

El camino empolvado seguimos hasta ver la luz declinar,
y en el borde del mundo, al ocaso, las agujas lejanas... allá...

Caminamos del alba á la noche, muerto el día, sin parar,
más allá de los bordes del cielo buscamos la santa Ciudad.

Ni amigo ni amor tenemos, ni hacienda ni hogar bendito;
sólo esperanza, ferviente esperanza, sólo el camino, el cami-
[no infinito.

DIOSES

(De Walt Whitman)

Amante divino, Camarada perfecto
que alegre me aguardas invisible aun, pero seguro,
sé mi Dios.

Tú, Hombre Ideal, tú,
franco, diestro, hermoso, contento y enamorado,
cabal de cuerpo y amplio de espíritu,
sé mi Dios.

Oh Muerte (ya que la vida se basta á sí misma)
que abres la mansión celestial é introduces en ella,

sé mi Dios.

Cosas las más potentes, las mejores que yo vea,
conciba ó aprenda,
(cuanto rompa los lazos estantíos — para libertarte,
á tí, alma)
sed mis Dioses.

Ideas grandes todas, aspiraciones de raza,
heroismos todos, proezas de férvido entusiasmo,
sed mis Dioses.

Tiempo y Espacio,
forma de la tierra divina y maravillosa,
forma cualquiera hermosa que yo vea ó adore,
orbe luciente de sol ó estrella nocturna,
sed mis Dioses.

YO VI EN EL CAMPO, EN UN AMANECER GRIS Y OBSCURO...

(De Walt Witman)

Yo vi en el campo, en un amanecer gris y obscuro
al salir de mi tienda, despierto muy temprano,
cuando lento caminaba en la frescura del aire junto á la tienda del hospital,
yo vi tres formas yacentes en camillas, yacentes sin amparo de tienda ;
cubríanlas colchas tendidas, amplias colchas oscuras de lana,
colchas grises, pesadas, plegadas cubríanlas todas.

Curioso me detuve y en silencio;
luego con mano ligera de la faz del más próximo alcé primero la colcha:
¿Quién eres viejo flaco y horrendo, de canos cabellos y carne hundida en derredor de los ojos?
¿Quién eres tú, querido compañero?

Me dirigí al segundo — ¿Y tú quién eres, hijo mío, mi amado?
¿Quién eres, guapo mozo, todavía de rostro florido?
Luego al último — faz ni de niño ni de anciano, muy tranquila, como de hermoso marfil blanco amarillento:
Joven, yo creo conocerte — yo creo que tu faz es la misma faz de Cristo,
muerto y divino y hermano de todos, yacente aquí de nuevo.

LA GOLONDRINA

(De Detlev de Liliencron)

Mecen al niño los maternos brazos ;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Mayo : ternura fiel de un ser al otro ;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Luchas del hombre : sumisión ó triunfo ;
cruza el aire en ziszás la golondrina.
Tres puñados de tierra sobre un féretro ;
cruza el aire en ziszás la golondrina.

LA ISLA DE LA FELICIDAD

(De Detlev de Liliencron)

La luz humea en el caliente establo
y en él dos vacas del reposo gozan.
Gallo y gallinas, á la prole atentos,
con prodigiosos desperdicios sueñan.
El zagal, en la hebilla de las calzas,
tierno cantar al hermanillo silba.
Mozo, gallo y polluelos, descuidados
viven ante el raudal del Universo.

EL IDEAL

(De Ricardo Dehmel)

Y siempre mis deseos expié ;
busqué al amor por todos los caminos,
en todos los caminos los encontré,
y siempre mis deseos expié.

En el jardín de magia un árbol vi
por flores mil estaba perfumado,
una entre todas dulce para mí ;
en el jardín de magia un árbol vi.

Cogí entre tantas una sola flor,
la flor, que fué en mis manos más hermosa;
de rodillas, di gracias con fervor;
cogí entre tantas una sola flor.

Y al árbol prodigioso me volví,
y otra flor, entre tantas, era hermosa,
mustia la mía — gracias ya no dí,
y al árbol prodigioso me volví...

Y nunca mis deseos desdeñé;
busqué al amor por todos los caminos,
en todos los caminos lo encontré
y nunca mis deseos desdeñé.

LA CIUDAD SILENCIOSA

(De Ricardo Dehmel)

Hay en el valle una ciudad.
Obscuro va pasando el día ;
pronto en el cielo ya no habrá
luna ni estrellas : noche fría
tan sólo reinará.

Los montes al pueblo en la masa
cautivan de nieblas ingentes ;
ni techo, ni patio, ni casa,
ni sonido el humo traspasa :
sólo, apenas, torres y puentes.

El caminante siente miedo :
pero, en el fondo, una sutil
lucecita brilla en las nieblas
y un canto de alabanza, quedo,
sale de una boca infantil.

SUEÑO EN EL CREPÚSCULO

(De Otón Julio Bierbaum)

Praderas dilatadas, dulzura vespertina ;
surgiendo estrellas van ; el sol declina ;
busco á la más hermosa, lejos, en los confines
de los prados, en esta dulzura vespertina ;
voy por entre los setos de jazmines.

En la paz vespertina, por las tierras del amor,
camino sin cesar, no me apresuro ;
suave lazo sedeño me retiene, seguro,
en la paz vespertina, por las tierras del amor,
en un tibio, azulado resplandor.

NIRVANA

(De Demetrio S. Mereshkovski [1])

Y el cielo está otra vez puro y sereno,
como en el primer día inmaculado;
como si el mundo no estuviese lleno
de infortunio y el alma de pecado.
Del amor y la gloria fugitivo,
en la campestre paz de la mañana
con los impulsos vegetales vivo...
Como ilusión, como memoria vana
rechazo lo pasado y lo futuro.
Y otra vez siento, venturoso y puro,
la dicha de vivir — y no pensar,
la dicha de vivir — sin desear.

1. De la versión alemana de Hans von Guenther.

DIOS DE UNA TIERRA IGNORADA...

(De Teodoro Sologub)[1]

Dios de una tierra ignorada
yo soy : el mundo es mi ensueño.

No trazo signos ni formas
en la tierra ni en el cielo.

Á nadie mi ser divino
será jamás descubierto.

Para romper mis cadenas
la Sombra y la Noche tengo.

1. De la versión alemana de Hans von Guenther.

¡OH! NUNCA ME AMENACES...

(De Teodoro Sologub)[1]

¡Oh! nunca me amenaces con las yertas
albas de la vergüenza y la locura:
sé siempre un sueño; nunca te conviertas
en una clara corporal figura.

La plenitud de la esperanza guarda:
brilla de lejos como estrella pura;
no dañe á tu terneza la bastarda
presión de la terrestre vestidura.

1. De la versión alemana de Hans von Guenther.

AMARITUDO

(De Antero de Quental)

Sólo por tí, sol hoy y siempre oculto,
sombra de Amor y ensueño de Verdad,
llevo en la tierra, lleno de ansiedad,
mi propio corazón en mí sepulto.

En vano de ara en ara va mi culto
flores llevando de íntima piedad.
Veo los votos de mi mocedad
burla tan sólo recibir é insulto.

Al borde del camino me senté...
Oí pasar el campesino viento
exclamando : ¡ Asi pasa cuanto amé !

¡ Pobre alma que creiste en la virtud !
¿ Qué serán la vejez y el desaliento
si esto se llama aurora y juventud ?

EL VISIONARIO
ó
SONIDO Y COLOR

(De Gomes Leal)

I

He oído las sinfonías de las plantas.

Un visionario soy, un sabio apedreado;
paso el tiempo en hacer y deshacer quimeras,
como produce el mar un monstruo azulado
y encima planta Dios las verdes primaveras.

Sobre el mundo me veo de los hombres aislado;
como extranjero soy, cual hijo de otras eras;
por un contacto irónico tal vez estoy marcado
que tuve, yo no sé ni cuándo ni en qué esferas.

Ni aguda Teoría ni austero Pensamiento
mataron, como espadas, mi antiguo sentimiento :
me embriagan, como el Sol, los cánticos del día...

¡ Y, obedeciendo aún á mis viejos amores,
donde quiera la música busco de los colores,
— y en las tintas de un cáliz hallé la Melodía !

II

He visto las Especies y las Formas,
he visto el Espíritu de las Cosas.
(Balzac, *Seraphita.*)

¡ Lo sé : la planta engaña ; Naturaleza miente ;
sé que el dardo del Sol nos puede asesinar,
que la Peste hace el aire sereno y transparente ;
sé que la perla sale de la infección del Mar !

¡ Todo es Materia y Fuerza y es ley omnipotente !
Mientras el lirio inciensa y el resplandor lunar
se azula, inconmovible, por bajo, sordamente
cría una flor la tierra que me ha de envenenar.

Lo sé : mas en inmenso bosque de teorías
me place divagar y oir las melodías
que dan las plantas músicas al astro, al Cielo altivo.

¡ Veo á Jesús en el corazón de las rosas,
oigo la voz que tienen las flores melodiosas
y el lirio es para mi la hostia de Dios vivo !

III

El rojo debe ser como un sonido de trompeta...
(Un ciego)

¡ Me alucina el Color ! La rosa es una Lira,
la Lira por el tiempo ceñida, enguirnaldada,
y es ya vieja la unión, la nupcia consagrada
que une al color que asombra la nota que suspira.

Si brota de la tierra la flor que nada inspira,
la camelia trivial, la necia flor hastiada,
muchas veces el aire cruza la nota alada
como el color perdido de alguna flor que expira.

Hay plantas ideales de un cántico divino
hermanas del oboe, gemelas del violín ;
en el azul hay quejas y en el carmín un trino !

La magnolia es un arpa etérea y perfumada
y el amplio cacto, flor bermeja, ensangrentada,
tiene marciales notas, suena como un clarín.

IV

Mas la que adoro, aquella hierática duquesa,
noble como las regias señoras de Brabante,
¿como la he de pintar igual y semejante
sin Color ni Sonido de la Naturaleza?

Su cuello es como lirio de rígida firmeza;
su amor es como un cielo católico y distante;
mas la luz de sus ojos es sonora y radiante:
¡como el Color, eleva; suena, cual la Belleza!

Jamás hablarla osé, ni sé si amor le inspiro,
pero cuando yo muera, lo mismo que un suspiro
florecerá mi pecho, diciendo así mi amor,

en la flor que tal vez en la ventana de ella —
una flor negra y roja, en forma de una estrella,
— pondrá una sinfonía siniestra de terror.

EL VIEJO PALACIO

(De Gomes Leal)

Tuve un palacio, que hoy está en ruinas,
fundado en una roca, junto al mar...
Desde allí, vénse lívidas colinas,
se oye el rezo del aire en el pinar...
Tuve un palacio, que hoy está en ruinas.

En el triste palacio inhabitable,
las ventanas, sin vidrios, á los vientos
lanzan de noche, en coro lamentable,
clamores y quejumbres y lamentos,
en el triste palacio inhabitable.

Queda una galería solitaria
donde medra una flor que el viento inclina,
que sacude la lluvia funeraria,
que baña en luz la luna mortecina.
Queda una galería solitaria...

La flor surge en las gradas, oscilante;
aljófar á los cielos despiadados
demanda, y á la luna, sollozante
descubre anhelos íntimos, alados.
La flor surge en las gradas, oscilante...

Como en la galería carcomida,
en mi alma una flor también vegeta...
de noche, por el viento es sacudida,
íntima, humilde, lírica, secreta.
Como en la galería carcomida...

Ve presto, dolor mío, ve al palacio
para arrancar la flor!... Ve sin tardanza.
Como guerrero audaz del viejo Lacio
huéllala sin piedad : es la Esperanza.
— ¡ Ve presto, dolor mío, ve al palacio !

LAS BUENAS HADAS

(De Julio Brandão)

¡ Es media noche ! Buenas hadas,
lavando, entonan su cantar.
Se ve por sendas apartadas
á don Rodrigo galopar.

Pero el corcel aventurero,
caballero, no puede andar :
— dejan las hadas de lavar
y rodean al caballero...

Todas van vestidas de nieve,
se ponen á cuchichear...
El caballo no puede andar.
Contra las hadas ¿quién se atreve?

— Caballero del blanco airón
y el pelo rubio ¿adónde vas? —
le dice, llena de pasión,
la de ojos que brillan más.

— Baja de tu caballo artero,
ven con nosotras á danzar...
¡Adónde vas, buen caballero,
en la noche plenilunar?

— Dejad pasar al caballero,
ved que no puede desmontar!

— ¿Por qué llevas dorada espuela
y arreos de plata y collar? —
le dice la de cabellera
más rubia, de fulgor lunar.

Y el caballero, en un suspiro,
— ¡Quién se pudiera demorar!

Agil una salta á la grupa
y al mancebo quiere abrazar...
Claman las otras ¡ upa ! ¡ upa !
y hacen corro para danzar...

Y todas, todas, todas, todas
empezaron á rodear
al caballero que á sus bodas
va en la noche plenilunar...

— ¿ Por qué corres ? ¿ Te damos besos
y no te quieres apear ?

— Está la Flor de mis deseos
en su torre á orillas del mar.
Mañana en cuanto nazca el día
conmigo se ha de desposar...

Todas las hadas á porfía :
— ¡ Caballero, puedes pasar !

LA RONDA NOCTURNA

(De Olavo Bilac)

Noche cerrada, tormentosa, obscura
fuera. Duerme en tinieblas el convento.
La arboleda está inmóvil. No fulgura
ni una estrella en el torvo firmamento.

Todo, dentro, es mudez. Flébil murmura
sólo, de raro en raro, el son del viento...
Un rasgar de sudarios en la altura,
pasos de espectros en el pavimento...

De súbito rechinan las pesadas
puertas... El eco imita sordamente
leve rumor de voces apagadas...

Y al temblor de una lámpara luciente
del claustro so las tácitas arcadas
va la ronda nocturna, lentamente.

SONETOS DE AMOR
(De « Via Láctea »)

(De Olavo Bilac)

— ¡ Oir, diréis, á las estrellas ! ¡ Cierto
que loco estás ! — Y he de deciros : — Tanto,
que á veces, por oirlas, me despierto
y á la ventana voy, mudo de espanto.

Y el nocturno coloquio dura cuanto
la via láctea, como un palio abierto,
fulge. Al alborear, deshecho en llanto,
las busco aun por el cielo desierto.

Diréis ahora : — ¡ Desdichado amigo !
¿ Qué dices á los astros ? Su brillante
resplandor, ¿ de qué puede hablar contigo ?

Y os digo : — Amad, y àmistaréis con ellas.
Sólo el sutil oido de un amante
puede oir y entender á las estrellas.

*
* *

Estas noches heladas y brumosas
son noches gratas al amor, querida.
No hay una estrella que ose abrir, perdida,
pálida, sus pupilas temerosas.

Corre un perfume cálido de rosas
por la faz de la tierra adormecida...
La niebla crece ; en masas repartída
llena el aire de sombras vaporosas.

Y son cuerpos desnudos, son ardientes
carnes lascivas... en rumor vibrante
besos y quejas, largos y calientes...

Y los cielos palpitan amplios, llenos
de la tibia blancura fulgurante
de un torbellino de brazos y senos.

*
* *

Por tantas horas, loco, de hito en hito,
miré la noche aquella al firmamento,
que si ahora, mirándolo, medito,
lo de entonces me vuelve al pensamiento.

Sofocando en el pecho el postrer grito
salí sin una lágrima, violento...
Brillaba el cielo pálido, infinito,
y un lloro había en el rumor del viento.

¡Cielo piadoso que mi mal oiste!
La luna de oro en el ocaso entraba
rompiendo nubecillas transparentes...

Y sobre mi cabeza, muda y triste,
la vía láctea se desarrollaba
como un raudal de lágrimas ardientes.

SORDINA

(De Olavo Bilac)

En el aire una esquila canta,
temblona, en el aire sombrío...
Pálida, Venus se levanta...
¡ Qué frío !

Canta una esquila. El campanario
surge entre la niebla, distante...
Esquilón viejo y solitario :
¿ qué dices con tu voz orante ?

¡ Qué frío ! Yertas las colinas
se embozan ; corre y llora el río ;
se cubre el cielo de neblinas...
¡ Qué frío !

Nadie... el camino amplio y silente
se aduerme, sin un caminante...
La esquila canta dulcemente...
¿ Qué dice con su voz orante ?

¿ Qué miedo pánico me oprime
el corazón triste y vacío ?
Alma sola ¿ qué esperas, dime ?
¡ Qué frío !

¡ Tanto amé y he sufrido tanto !
Ojos míos ¿ por qué cubiertos
de llanto estáis, al triste canto
que dobla y llora por los muertos ?

¡ Murió el día ! Cubrid el suelo
tinieblas. Muere, sueño mío.
— La muerte es el postrer consuelo.
¡ Qué frío !

Pobres amores, que aniquila
la suerte, y dispérsanse inciertos...
Mi corazón como una esquila
doblando está y os llora muertos.

¡Con qué dolor la esquila canta
en el aire quedo y sombrío!
— Pálida Venus se levanta...
¡Qué frío!

PRIMERA EMIGRACIÓN

(De Olavo Bilac)

Siento que á veces hiere mi pupila ofuscada
un sueño : Abre sus fuentes la creación fecunda
y á la luz creadora que el horizonte inunda
rie la Tierra al ver la primera alborada.

Por cielos y oceanos, por llanuras y montes
canta, llora, arde y ruge la vida enajenada.
Tiembla en horrendo parto la Tierra ; está cargada
de monstruos, de mammuths y de rinocerontes.

Una generación de gigantes, camino
de conquistas emprende. Las cuevas taciturnas
deja la emigración primera, en torbellino.

Y oigo rodar, lejano, por las pristinas eras,
como una tempestad entre sombras nocturnas,
el estrépito enorme de una invasión de fieras.

JUAN GARÍN

(De Juan Maragall)

I

En la montaña milagro
leyendas han florecido;
leyendas de Juan Garín
tentado por el Maligno.
Fray Juan hace penitencia,
solo, en encumbrado pico.
Lleváronle una doncella
presa de malos espíritus.

Montserrat, montaña santa,
montaña de los cien picos.

II

Fray Juan dentro de la cueva
rezaba con gran fervor :
preséntasele Riquilda
vestida de tentación.
Fray Juan los párpados cierra
y al trasluz la ve mejor.

En Montserrat, todo es bruma :
Riquilda es rayo de sol.

III

Después de tan gran pecado
Garín de bruces se encuentra.
Despeñada está Riquilda ;
Montserrat, limpio de niebla.
Fray Garín ve los abismos
y flaquéanle las piernas.
De manos en tierra cae
cada vez que alzarse intenta.
Juan Garín ya no es un santo
ni un hombre : tornóse fiera
de los campos, y en los campos
de Montserrat se apacienta.

IV

Á rastras va muchos años.
Voz de inocencia le llama :
« Levántate, Juan Garín,
tu penitencia se acaba :
vuelve los ojos al cielo,
que ya la tierra los harta. »

Juan Garín se alza de manos
como un oso se levanta.

EL POETA Á LA POESÍA

(De José Carner)

Ya te tengo, Hechicera
de larga cabellera
de labios rojos y ojos deslumbrantes ;
ya te tengo, Hechicera :
te doy por vigilantes
en medio, una cesura,
detrás, dos consonantes.

NOCTURNO INVERNAL

(De José Carner)

Sobre los angulares tejados, los tejados
puntiagudos, brillantes, que están todos nevados
ríe la luna, en medio de estrellas fulgurantes
que tiritan de frío, sin bufanda y sin guantes.
Torres y chimeneas, todo está blanco, liso.
Débil, un violín suena en un quinto piso.
La luna vuelve, oyéndolo, los ojos, admirada.
Lleva un gato el compás con la patita alzada.
El preludio á los niños burgueses no desvela,
y al dormirse murmuran : — Mañana no hay escuela.

ANOCHECER

(De José Carner)

En una vieja plaza silenciosa
donda duermen acacias enfermizas —
en un lado la iglesia, con sus tristes
santos de piedra, y en el otro lado
la casa de la villa — el sastre mora.
Los sesenta cumplió. Viste de negro.
Lleva gafas y cose. Sobre un lecho
de violetas y rosas el sol muere.
Brillan estrellas en el cielo; brillan
los gusanos de luz á ras de tierra

y las verdes pupilas de los gatos.
Dulce melancolía se difunde.
Saliendo de la escuela, con el agua
de la fuente salpícanse los chicos.
El sastre no levanta la cabeza
para extasiarse en el morir del día.
Todo es viejo y cansancio le produce.
Cose. Cuando levante la cabeza
sólo será para enhebrar la aguja.

SONETO

(De José Carner)

¡Suave otoño de quieto fenecer!
Todo en una blandicia se concierta.
En el rosal queda una rosa abierta
que nunca el viento se atrevió á coger.

Que nunca el viento se atrevió á coger.
ni fué de amor gentil fragante oferta...
¡Noble destino se te dió al nacer,
oh rosa, rosa en la gran paz desierta!

Triste destino se te dió al nacer...
Yo desde aquí tu gloria quiero ver
y venerar tu soledad sagrada ;

no te hará mi codicia estremecer.
Que todo el cielo penetró en mi ser
y una dulzura siento en mi, dorada.

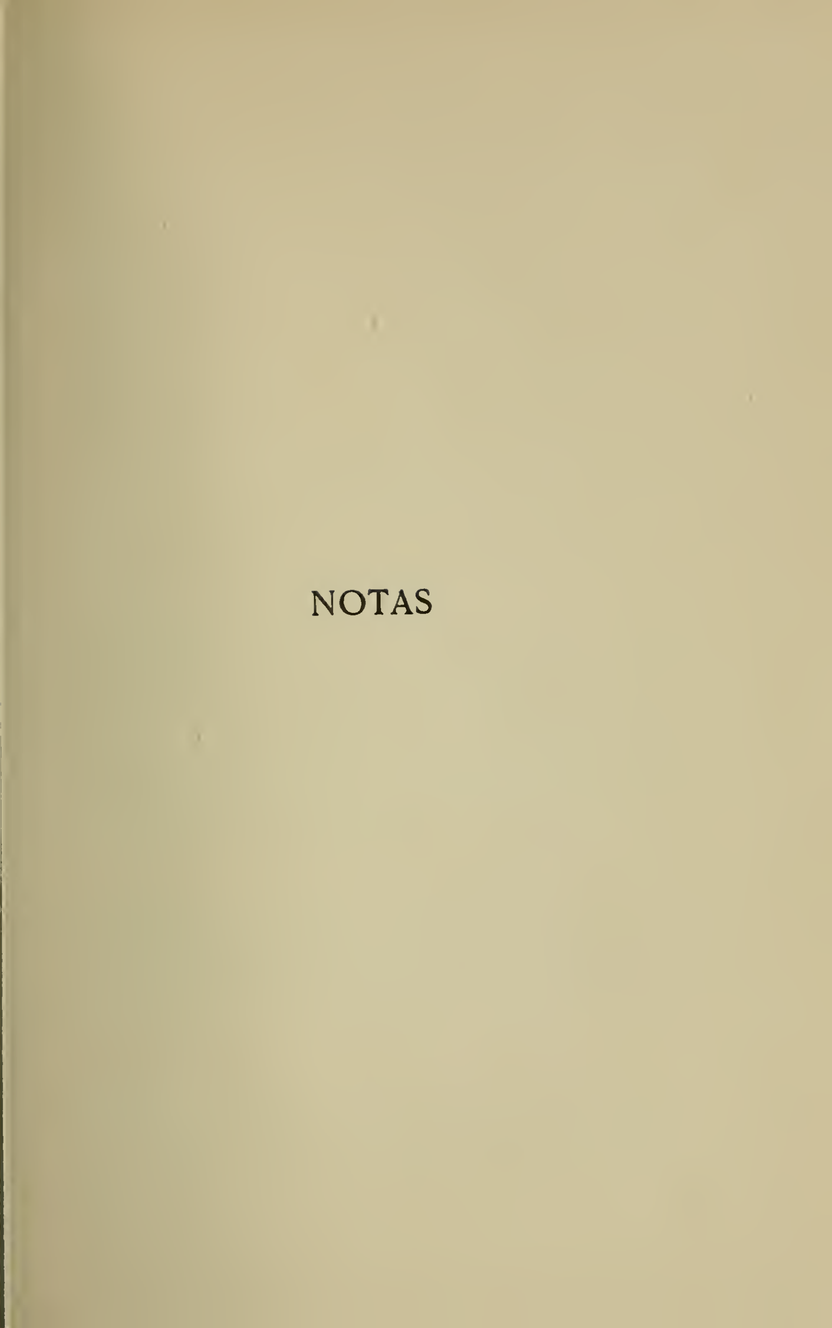
TERROR

(De Víctor Catalá)

¡ Padre que estás en el cielo !
Vengo de ver á una enferma,
y estoy transido de horror...
La encontré desfallecida
de medio cuerpo dormida,
presa en el mortal sopor,
del otro medio agitada
por el más fiero dolor
de sentirse muerta en vida...
Para sus ojos vidriados
que miran como espantados
ya no hay luces ni colores,

y á sus labios contraidos
ya no acuden los aullidos
que suben á la garganta...
Medio cerebro ha cesado
de vivir, como enterrado
bajo el peso de una losa,
y en el otro medio, claro,
se concreta el pensamiento
con certidumbre espantosa,
mientras despierto el oido
recoge todo sonido,
todo pronóstico malo...
¡ Señor de cielos y tierra !
Yo leo un ruego cruel
con un fervor inaudito
en su rostro quebrantado
por un terror infinito
que á mi se ha comunicado :
un ruego conmovedor,
mudo, que sin voz exclama :
« Tú, que en la noche tranquila
el rayo que me aniquila
súbitamente lanzaste !
Si á muerte me condenaste,
termina pronto tu obra,
no aumentes mi padecer...
Mátame de un solo golpe ! ! »

¡ Señor, Dios mío... Misericordia !



NOTAS

NOTAS

Pedro delle Vigne (1180-1249). Uno de los primitivos poetas italianos. Nació en Capua, de familia pobre. Después de laboriosos estudios en Bolonia, fué notario, protonotario y llegó á ser, en Sicilia, ministro de Federico II, el rey poeta. Preso, á consecuencia de intrigas cortesanas, se dió la muerte. Dante le coloca en su Infierno, en el círculo de los suicidas. Dejó poesías latinas y vulgares, cartas y tratados políticos.

Cino da Pistoja (1270-1336). El cantor de Monna Selvaggia, profesó el derecho civil en Treviso, en Siena y en Perusa, y tuvo entre sus discípulos al jurista Bartolo. Fué amigo del Dante. Su poesía, según la frase de Carducci, tiene aroma de tiempos pasados.

Pánfilo Sasso (1447-1527). Sus obras italianas se publicaron en Venecia en 1511 : *Opere del preclarissimo poeta Messire Pamphilo Sasso.* Dejó también poesias latinas. Era modenés de nacimiento.

Carlos de Orleáns (1391-1465). Nieto de Carlos V de Francia y de Juana de Borbón, hijo mayor de Luis de Orleáns y de Valentina de Milán, casado tres veces, preso en la batalla de Azincourt (1415) y cautivo en Inglaterra durante 25 años, este buen príncipe, cuyo destino guarda cierta analogía con el del rey Enzio, también poeta, encontró en el arte de rimar solaz y consuelo á sus fatigas y decepciones. El castillo de Blois, á donde se retiró en el fin de su vida, fué una verdadera corte literaria. Dejó poesías francesas é inglesas, desconocidas hasta el siglo XVIII. « Los sentimientos dulces, tiernos sin verdadera pasión, melancólicos sin verdadera tristeza — dice Gastón Paris — no encontraron jamás intérprete más delicado ; nunca tuvieron mayor ligereza y benevolencia la ironía para sí mismo y para los demás ; antes de él, nadie habia manejado al francés con tanta facilidad y destreza. »

Francisco Villon (1430?-1463?). En la poesía de Villon vibran, acaso por primera vez, los ecos del sufrimiento humano, de la miseria y la desgracia, como una resonancia de las propias desventuras. Es uno de los más personales del tiempo antiguo. Fué estudiante revoltoso en la Universidad de París, su ciudad natal, y se unió á una banda de truhanes con los que cometió fechorías sin cuento. En su vida de aventuras sufrió extrañamiento y prisión, y más de una vez la soga amenazó su cuello. Sus dos *Testamentos* constituyen una obra maravillosa y punzante, á la vez pintoresca y concisa. Esta famosa *Balada de las damas* ¿ no tiene algo de la tan famosa elegía de nuestro Jorge Manrique ?

Pedro de Ronsard (1525-1585). Sin la sordera que le afligió desde muy temprana edad, la vida del cantor de *Casandra,* de *María* y de *Elena,* hubiera sido quizá muy profusa en acontecimientos. En su primera juventud, como paje del Delfín, y después en el séquito de otros príncipes, viajó por Escocia, Flandes, Ale-

mania y el Piamonte. Pero su achaque le recluyó en sus tierras y la poesía le absorbió por completo. Fué el jefe de la Pléyade que trajo á la naciente poesía francesa elementos de la antigüedad y de los modelos de Italia. Hay en sus poesías breves un encanto melancólico y sensual, una modulación exquisita que hubo de pasar casi inadvertida hasta el período romántico.

Edmundo Spenser (1552-1599). Vástago de noble familia, estudió en el Colegio Pembroke, en Cambridge. Sus primeros poemas le granjearon la amistad de Sir Felipe Sidney, prócer y poeta pastoral. Fué secretario de Lord Grey, á quien acompañó á Irlanda, donde vivió muchos años. Vuelto á Inglaterra, publicó su fantástico y magnífico poema *La Reina de las Hadas,* y regresó á Irlanda, en donde se casó. El *Epitalamio,* compuesto en honor de su esposa, como las poesías que intituló *Amoretti,* es una de sus obras más importantes. Está enterrado en Westminster.

Cristóbal Marlowe (1564-1593). Su nombre va unido á una famosa tragedia *Vida y muerte del Doctor Fausto,* que le hace precursor de Gœthe. Fué en sus mocedades actor, y pereció herido por un rival á quien había sorprendido en hurto amoroso.

Sir Gualterio Raleigh (1553-1618). Su vida es tan palpitante y dramática como el teatro de su época, dominado por Shakespeare. Combatió en Francia, á favor de los hugonotes, de 1569 á 1576, y en los Países Bajos, contra los españoles. Con su hermano de madre Humphrey Gilbert, hizo viajes de exploración á la América septentrional. La reina Isabel, que le había elevado á las más altas dignidades, no le sostuvo en ellas al descubrir sus amores con Isabel Trockmorton. Viajó de nuevo hasta el Orinoco, y soñó con encontrar Eldorado. Se halló en la toma de Cádiz por los

ingleses, en 1596. Al morir la reina, conspiró á favor de Arabella Stuart, y á consecuencia de ello, fué condenado á muerte; consiguió librarse y padeció prisión por doce años. Intenta después colonizar la Guyana, vuelve á su tierra soñando nuevas empresas y encuentra la muerte en el cadalso, motivada por la antigua sentencia que hicieron revivir sus enemigos. Dejó algunas obras literarias.

Juan Lyly (1553?-1606). Dramático y novelista del período shakesperiano. Sus obras principales son *Alejandro y Campaspe*, *La mujer en la luna*, *Safo y Faon*, *Galatea*, *Midas* y sobre todo la novela *Euphues*, de la que se originó el conceptismo inglés conocido con el nombre de *eufuismo*.

Víctor Hugo (1802-1885). *La Conciencia* figura en la colosal *Leyenda de los Siglos* (1859). ¿Es posible recordar, en un rápido apunte, la vida del glorioso poeta? Cantó á los héroes y á los humildes, sintiéndose superior á unos y á otros. Esta es la razón de su fuerza y la de su debilidad.

Teófilo Gautier (1811-1872). Después de haber sido uno de los corifeos del romanticismo, de haber reñido sus principales batallas, vino á ser con *Esmaltes y Camafeos*, publicado en 1853, un precursor de los parnasianos; cultivador extraordinario de la forma, enamorado de todas las artes, pinta con el estilo, maravilloso de color y movimiento.

Carlos Baudelaire (1821-1867). Fue un iniciador. En todos los poetas modernos hay algo que le pertenece. Lo satánico, lo macabro, lo exótico, son en gran parte aportación suya. Hay en

su libro *Las Flores del Mal* (1857), con todo aquello, una espiritualidad nueva, elevada y profunda. Más que un inventor de imágenes, es un revelador de sensaciones. En el fondo de sus arrebatos sensuales, hay una firme religiosidad. Todo el simbolismo arranca de él.

J. Soulary (1815-1891). Buen sonetista, que ha dejado algunas célebres piezas de antología (*Sonetos humorísticos*, 1854).

Teodoro de Banville (1823-1891). En sus *Cariátides* (1852), *Estalactitas* (1846) y *Odas funambulescas* (1857) pone de manifiesto una extraordinaria maestría de la forma. Resucita ritmos antiguos, renovándolos en gracia y esplendor, como en sus *XXXVI Baladas alegres* (1872). En los sonetos de *Las Princesas* (1874) exalta el detalle suntoso y pintoresco. En las *Occidentales* (1875) revela un humorismo ruidoso é inofensivo. La rima no tuvo para él secretos ni resistencias : y él le dió leyes rígidas en su *Breve tratado de versificación francesa*. Su teatro poético es brillante, ligero y armonioso.

Juan Richepin (1849). El escándalo que produjeron su *Canción de los pobres* y sus *Blasfemias*, apoyado por las circunstancias pintorescas de una vida libre y aventurera, le dieron popularidad. Hoy, más apaciguado, cultivador de un teatro poético algo convencional, se sienta entre los inmortales, bajo la cúpula del Instituto de Francia. Lo mejor de su obra está quizá en *Las Caricias, El Mar* y *Mis Paraísos ;* es el poeta del período naturalista, y tiene acentos inspirados, siempre vigorosos.

Juan Arturo Rimbaud (1854-1891). Verlaine, que fué su amigo

íntimo, le cuenta entre los que llamó *Poetas malditos*. Hay en sus versos un acento extraño y original que ha influido mucho en otros poetas, quizá en Verlaine mismo. Murió joven, cuando ya había abandonado la poesía desde años atrás para entregarse á tráficos y exploraciones en paises lejanos.

Pablo Verlaine (1844-1896). El más puro lírico de la poesía moderna. Parnasiano al principio, se entró luego por senderos propios y dijo las más inauditas y suaves canciones. De sus raptos místicos, que alternaban con las más atrevidas sensualidades, nació un maravilloso libro : *Sagesse*. Su vida fué lamentable y azarosa.

Juan Moréas (1856-1910). Griego de nacimiento y de familia (su apellido era Papadiamantopulos) supo encontrar el puro sentido de la tradición francesa en su *Ifigenia* y en sus seis libros de *Estancias*. Sus obras anteriores, inspiradas también en el espíritu del renacimiento francés (*Las Sirtes*, *Las Cantilenas*, *El Peregrino apasionado*, etc.), tienen ya una suntuosidad algo artificiosa, ya un delicioso aroma popular.

Enrique de Regnier (1864). Por la forma, es el más perfecto, impecable y seguro de los poetas franceses de hoy. Su inspiración es siempre noble y elevada. Después de haber sido uno de los paladines del *verso libre*, que en él tuvo una peculiar harmonía, ha vuelto á las formas tradicionales. Su obra es larga y espiritual. Sus novelas que reproducen vidas de los siglos XVII y XVIII tienen un sutil encanto, enteramente propio.

Adolfo Retté (1863). Uno de los más ardientes simbolistas, con-

vertido después en poeta de la naturaleza. Sus ideas anarquistas se han disipado y hoy tiene plaza de escritor católico. Su conversión la ha referido en una obra titulada *Del diablo á Dios*.

Alberto Samain (1858-1900). *En el jardín de la Infanta*, libro en que, con la influencia de Baudelaire, se revelaba una firme personalidad, hecha de matices y semi-tonos, fué su primera obra. *El Carro de Oro, En los costados del vaso, Polifemo, Cuentos*, son los títulos de las demás. En uno de los poetas más perfectos de los tiempos últimos.

Francis Jammes (1868). Espíritu lleno de originalidad, poeta de lo pequeño y de lo humilde.

Pablo Fort (1872). Creador de las *Baladas francesas* cuya novedad menor es la de aparecer tipografiadas como si estuvieran en prosa. Son originalísimas é imprevistas y se dan en ellas todos los tonos. Pablo Fort fué el fundador del célebre *Teatro de Arte*, donde se representaron tantas obras maestras de la literatura y tantas que hoy pueden considerarse como tales, y que á la sazón eran de autores jóvenes é ignorados.

Mauricio Magre (1877). Meridional, lleno de preocupaciones sociales, que han dejado lugar á una manera más amplia é intensa, autor de *La Canción de los hombres, El Poema de la juventud* y *Los Labios y el Secreto*.

Carlos Van Lerberghe (1861-1907). Belga, autor de *Entrevisiones* y de *La Canción de Eva*. En 1889 publicó *Les Flaireurs*, breve

drama en el que hay un presentimiento de la manera de Mæterlinck, su compañero de estudios. Intentó la comedia satírica en *Pan*, representada en 1906.

Iwan Gilkin (1858). Belga, muy influido por Baudelaire, de un lirismo tenebroso y cruzado por impulsos de aspiración á un ideal que haga mejor á la humanidad.

Alberto Giraud (1860). Los rondeles de *Pierrot Lunar*, más que sus obras posteriores, han hecho notorio el nombre de este poeta belga, cuyo verdadero apellido es Keyenberg.

Fernando Séverin (1867). Autor de *Poemas ingenuos;* quizá el liríco más armonioso de Bélgica, de inspiración incorpórea y matizada.

Tristán Klingsor (1874). Poeta excepcional que en ligeras canciones llenas de gracia y de frescura, encuentra un lado característico del espíritu francés. Con su verdadero nombre, Tristán Leclère, ha publicado muy notables críticas de arte.

Oliverio Calemard de la Fayette (1877-1906). Sólo dos libros, uno de ellos póstumo, encierran las inspiraciones de este poeta que hubiera sido, á juzgar por ellos, uno de los más alabados de su tiempo. Á través de diversas influencias se descubre en sus versos un alma que sabía encontrar el aspecto más puro de las cosas.

Condesa M. de Noailles (1877). *El corazón innumerable, La sombra de los días, Los deslumbramientos*, libros poéticos, *El rostro maravillado, La nueva esperanza* y *La dominación*, novelas, son las obras que ha publicado hasta ahora esta princesa de las letras. Apasionada por la naturaleza, ha encontrado sensaciones é imágenes nuevas y ha dado valor poético á expresiones desusadas.

Leo Larguier (1878). En sus dos colecciones poéticas y en su poema *Jacques*, se revela un gran lírico de buena tradición francesa, un amor de la gloria que hará de él uno de los grandes poetas de mañana.

Julio Romains (1885). Un libro excepcional, *La vida unánime*, le dió á conocer. Es un vigoroso exaltador de las masas. Sus ideas están bien condensadas en las breves composiciones que traducimos.

Federico Mistral (1830). Del glorioso poema *Mireya* está tomada la canción que traducimos, universalmente famosa.

Josué Carducci (1896-1907). Poderoso renovador de la poesía italiana á la que lleva, con sus *Odas bárbaras*, las esplendideces de la versificación clásica. Es el poeta civil de la tercera Italia, glorificador de la materia y de la belleza.

Antonio Fogazzaro (1842). Discípulo, en poesía, del abate Zanella. Espíritu profundamente religioso, impregnado en el sentimiento de la naturaleza. Ha logrado más fama como novelista que como poeta.

Arturo Graf (1848). Este poeta, nacido en Atenas, es un hijo espiritual de Leopardi, con fuertes influencias bodelerianas. Sus poesías son concisas y acusadas como bajos relieves. Ha publicado *Medusa, Después del ocaso, Las Danaides* y otros libros de poesía y de crítica.

Juan Pascoli (1855). Sucesor de Carducci en la cátedra de literatura de Bolonia, le ha sucedido también en la admiración de su pueblo. Poeta extraordinario de la naturaleza, gran evocador de los mitos antiguos, ha intentado con *las Canciones del Rey Enzio* la epopeya nacional.

Gabriel d'Annunzio (1864). Desde *Primo vere*, colección de poesías publicada en 1880, hasta la novela *Forse che si, forse che no*, (1910), una serie de obras insignes ha hecho de su nombre un símbolo. Eminentemente latino, es el espíritu más sintético de nuestra época.

Pedro Mastri (1868). Uno de los mejor inspirados entre la pléyade numerosa y no muy conocida de los poetas jóvenes de Italia, autor de *El espejo y la hoz*.

Percy Bysshe Shelley (1792-1822). *Cor cordium*, como reza la inscripción de la urna que guarda el suyo. Su espíritu se ha difundido, etéreo y luminoso, en lo mejor de la poesía moderna.

Dante Gabriel Rossetti (1828-1882). Hijo de un poeta revolucionario italiano que fué desterrado y se convirtió al protestantismo, representa en la poesía inglesa un elemento nuevo. Es el

espíritu principal del movimiento prerafaelista. Poeta ó pintor, es poeta siempre. El manuscrito de sus versos lo enterró con la mujer que había sido suya. Para imprimirlos fué necesaria la exhumación. Se vió muy contradicho en vida, pero á su muerte se le consagró como á uno de los más grandes poetas ingleses. Su traducción de la *Vida nueva* del Dante, es una obra maestra. Sus sonetos de *La casa de la vida,* sus baladas y sus poemas le aseguran un nombre glorioso.

Cristina Georgina Rossetti (1830-1894). Hermana del anterior. Publicó poesías y en sus últimos años, después de un largo silencio, obras de religión. Su vida fué de soledad y padecimientos. El más famoso de sus poemas es sin duda el fantástico *Mercado de los duendes,* del que se han hecho innumerables ediciones.

Guillermo Morris (1834-1896). Estudió pintura y arquitectura. Sus poderosas iniciativas vivificaron el arte decorativo en sus múltiples manifestaciones. En sus últimos años trabajó en pro de las doctrinas del socialismo. Dejó muchas obras, poemas y novelas, legendarias y utópicas.

Algernon Carlos Swinburne (1837-1909). Satánico y perverso en sus primeros *Poemas y baladas,* revolucionario exaltado en sus *Cantos antes de la salida del sol,* cantor extraordinario del mar, resurrector en el espíritu moderno de las tragedias griegas y los dramas isabelinos, tiene en sus versos una constante é imperturbable harmonía. Su credo está entero en el rondel á Catulo que traducimos. Fué además crítico clarividente. Continúa la gran línea de líricos ingleses, en la que es el último eslabón.

Jorge Meredith (1828-1909). Más conocido como novelista que

ritu. Está lleno de pensamiento y de gravedad.

como poeta, dejó, sin embargo, en sus versos lo mejor de su espíritu. Está lleno de pensamiento y de gravedad.

Guillermo Ernesto Henley (1849-1903). Dirigió importantes revistas de arte y de literatura. Sus versos son extraños de forma, nuevos de concepción; dió támbién al teatro algunas obras dramáticas en colaboración con Roberto Luis Stevenson.

Oscar Wilde (1856-1900). Magnífico poeta, más en su prosa que en sus versos. Conocida es la dolorosa tragedia de su vida, comenzada entre esplendores y terminada en prisiones y miserias.

Austin Dobson (1840). Llevó á la poesía inglesa con extraordinaria fortuna, las formas de la poesía francesa antigua, la balada el canto real, el rondel, el trío. Su inspiración es graciosa y elegante.

María F. Robinson (1857). Casada en primeras nupcias con el famoso erudito Darmesteter y en segundas con el profesor Duclaux. Hay en sus poesías una gran espiritualidad.

Guillermo Watson (1858). Fué pensionado por el Gobierno inglés en 1892. Durante la guerra de los boers, á la inversa de Kipling y de Swinburne, tomó la defensa de los heroicos africanos, en unos versos que tituló : *Á Inglaterra, Poemas escritos en el extrañamiento*, que alcanzaron gran resonancia.

Ricardo Le Gallienne (1866). Uno de los más notables poetas

jóvenes de Inglaterra, algo influido por las corrientes de la lírica francesa.

Arturo Symons (1865). Influído también, como poeta, por Verlaine y los franceses modernos cuyo movimiento poético ha estudiado en un notabilísimo libro. Ha traducido á San Juan de la Cruz, á Santa Teresa y á Calderón.

Esteban Phillips (1868). Poeta de tradición inglesa, más famoso como dramático que como lírico.

Guillermo Butler Yeats (1866). El ingenio más claro de cuanto han influido en el renacimiento poético irlandés. De un simbolismo semejante al de Maeterlinck en sus canciones, se aparta de él en sus obras dramáticas.

Juan Masefield. Poeta joven, que empieza á adquirir fama. Se alaban mucho sus cantos del mar.

Walt Whitman (1819-1892). El más grande poeta de América. Genio bárbaro é infantil, que llena sus versos sin rimas, desiguales y sonoros, de enormes imágenes y enumeraciones larguísimas, características en él. Fué un prodigioso exaltador de la vida. La suya fué muy accidentada. Trabajó como tipógrafo, asistió heridos en la guerra de secesión, fué empleado y destituído por las ideas que expresaba en sus versos. Dejó un libro único : *Briznas de hierba*, que fué acrecentando durante toda su vida.

Detlev de Liliencron (1844-1909). Fué militar, hizo las campaña de Schleswig-Holstein y de Francia, emigró á América y volvió á su patria, á vivir aislado. Sus versos cantan la acción, la alegría, la gloria. Sus baladas militares tienen un tono peculiar. Intentó la epopeya fantástica en *Poggfred* (1896-1904). Sus poesías breves son harmoniosísimas y llenas de sentimiento.

Ricardo Dehmel (1863). El más discutido de los poetas alemanes de hoy. Sensual, filosófico, obscuro, influido por Nietzsche y por Verlaine, á quien ha traducido. Sus obras son : *Mujer y Universo, Redenciones, Pero el Amor, Dos hombres*, etc. Su probidad literaria es grandísima y su influencia extraordinaria.

Otón Julio Bierbaum (1865-1910). Autor de *Poemas vividos, Mujer, recibe esta corona. Laberinto de amor, El libro de seda*, uno de los más notables de la Alemania de hoy en cuyo movimiento moderno ha influido mucho, fundando y dirigiendo revistas.

Demetrio Mereshkovski (1865). Famoso novelista ruso, autor de *La muerte de los Dioses* y *La Resurrección de los Dioses*, traducidas á todos los idiomas.

Teodoro Sologub (1863). Poeta ruso, de sentimiento algo obscuro que sobresale en las poesías breves.

Antero de Quental (1842-1891). Positivista y revolucionario, que murió de muerte voluntaria. Sus *Odas modernas* y sus *Sonetos* estos sobre todo, señalan cumbres de la poesía portuguesa. Es uno de los poetas pesimistas más profundos.

Gomes Leal (1848). Poeta que sigue las huellas de Víctor Hugo y de Baudelaire, autor de *Claridades del Sur.*

Julio Brandao. Autor de poemas y novelas influidas por el simbolismo frances, dentro de una modalidad de espíritu enteramente portuguesa.

Olavo Bilac (1865). Quizá el más grande de los poetas brasileños de hoy, de forma impecable. Lo más intenso de su obra son los sonetos amorosos que tituló *Via Láctea.*

Juan Maragall. Uno de los más nobles poetas de hoy. En *Poesías Visiones y cantos, Allá* y *Las Dispersas*, y en sus artículos en prosa, castellanos ó catalanes, se encuentran acentos de extraordinaria elevación. Es un maestro y un guía.

José Carner. Poeta joven, autor del *Libro de las poetas,* de *Sonetos* y de *Los frutos sabrosos*. Muchas de sus inspiraciones tienen un suavísimo filo de ironía ; en todas se manifiesta un alto espíritu.

Víctor Catalá. Pseudónimo de Catalina Albert, poderosa novelista rural. Se ha complacido, en sus versos de *El libro blanco*, en pintar escenas del siglo XVIII que no valen lo que algunas notas vigorosas como *Terror*, más próximas al espíritu de sus novelas.

ÍNDICE

ÍNDICE

Rosas del tiempo antiguo

Mies de hogaño

Impreso por E. AUBIN. — LIGUGÉ (Vienne).

IMP. HERBERT CLARKE, 338, RUE SAINT-HONORÉ, PARIS

